Jul-03

ARIEL ÁLVAREZ VALDÉS

ENIGMAS DE LA BIBLIA II

EDICIONES DABAR S.A. DE C.V.

MÉXICO, D.F.

Diseño de portada:
Ricardo Aguilar y Guillermo Ruiz Contreras
Tipografía y armado:
Irma García Cruz

© San Pablo, Buenos Aires, (Argentina), 1998.

© Ediciones Dabar, S.A. de C.V.
Mirador, 42
Col. El Mirador
04950, México, D.F.
Tel. 56 03 36 30, 56 73 88 55
Fax: 56 03 36 74
e~mail: dabar@data.net.mx

ISBN: 970-652-172-0
Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial n. 2500.
Impreso y hecho en México, enero 2001.

PRÓLOGO

Mucha gente suele tomar la Biblia entre sus manos, leer algún trozo y luego preguntarse con devoción: ¿Qué me dice la Biblia en este pasaje?

Pero no advierte que ésta es una actitud errónea. Porque la Biblia no fue escrita directamente para nosotros. Los autores de los libros sagrados, cuando compusieron sus obras, no nos tenían a nosotros presentes, sino a otras personas, a otras comunidades que estaban atravesando por problemas particulares. Por lo tanto, preguntar, en primer lugar, "¿qué me dice a mí la Biblia?" es equivocar el planteamiento. Esa es, en realidad, la segunda pregunta que deberíamos hacerle a la Biblia. La primera es: "¿Qué quiso decir el autor a aquella gente a la que le escribió?, ¿qué intenciones tenía?". Y una vez descubierta la respuesta, entonces sí puedo preguntarme: "¿Y ahora qué me dice a mí este episodio de la Biblia?".

Pero sin averiguar primero qué "les" decían los autores a aquellas comunidades, nunca podré saber qué "me" dice a mí la Biblia.

Uno de los grandes aportes de los estudios bíblicos es el ayudar a descubrir en el texto sagrado lo que se llama "la intención de los autores", es decir, cuáles fueron las razones que los llevaron a escribir, y qué mensajes pretendían transmitir. Gracias a esto, se han podido superar muchas conclusiones erróneas que se sacaban de una lectura literal y fundamentalista de la Biblia.

Lamentablemente muchos cristianos, a pesar de los grandes progresos que la Iglesia Católica viene realizando en ma-

teria de Sagrada Escritura, aún no se han enterado de las conclusiones modernas y de las actuales enseñanzas que propone para su lectura.

Este librito busca ofrecer a los lectores, en forma simple, sencilla y amena, los nuevos aportes de los estudiosos católicos, para que sirvan de ayuda en la lectura del texto sagrado.

Al final de cada capítulo, se añade alguna sugerencia bibliográfica para quien desea seguir profundizando el tema, además de una serie de preguntas que pueden emplearse en colegios, parroquias y grupos bíblicos.

Esperamos, con esta pequeña obra, responder al pedido del papa Juan Pablo II de una nueva evangelización para las comunidades de América Latina.

I

¿QUIÉN ERA LA SERPIENTE DEL PARAÍSO?

Una víbora que habla

Hay un enigma que siempre ha intrigado a los lectores de la Biblia, y que tiene que ver con el relato del pecado original: es el de la serpiente que tentó a la mujer en el Paraíso. ¿Quién era realmente?

El Génesis afirma que se trataba de un simple animal del campo, uno más de los que Dios había creado (3, 1). Pero poco después vemos que la serpiente conversa con Eva. ¿Cómo pudo hablar, si era una víbora? ¿Y cómo podía tener una inteligencia superior a la del hombre (como dice en 3, 5)? No puede ser, evidentemente, un animal real. ¿Quién era entonces?

Algunos sostienen que sí era un animal real pero que estaba poseído por el Diablo para engañar a Eva. Pero si la serpiente era sólo un

instrumento del Diablo, ¿por qué entonces Dios la castiga a ella haciendo que se arrastre sobre su vientre y coma polvo por el resto de su vida (3, 14), en vez de castigar al Diablo?

Una segunda creencia, la más común entre los lectores de la Biblia, es que aquí la serpiente no era un animal real, sino un símbolo del Diablo, una imagen, un disfraz literario del autor para referirse a este ser maligno, que fue quien en realidad tentó a nuestros primeros padres en el Paraíso.

El disfraz del Diablo

Pero esta solución choca con una gran dificultad, y es que en ninguna otra parte del Génesis se lo nombra al Diablo. Más aún, el Diablo (o Satanás, que es lo mismo) es un personaje desconocido para los autores de los libros bíblicos más antiguos; por eso, jamás aparece en el Pentateuco, ni en los libros históricos, ni en los libros proféticos. ¿Cómo podía conocerlo el autor de este capítulo del Génesis? Los actuales estudios bíblicos afirman, por lo tanto, que aquí no se trata del Diablo.

Un tercer grupo de pensadores sostiene que la serpiente no es ningún personaje concreto, sino un símbolo de los malos deseos y de los placeres sensibles. Así, el pecado original habría consistido en una transgresión de tipo sexual, y la serpiente no sería más que un símbolo sexual. Por eso se insiste tanto en que Adán y Eva "estaban desnudos".

Pero esta hipótesis es inadmisible, pues el mismo Génesis dice que Dios santificó y bendijo el matrimonio cuando le ordenó a la primera pareja: *Sean fecundos y tengan muchos hijos, llenen el mundo y gobiérnenlo* (1, 28). No hay, pues, connotaciones sexuales en el pecado original.

¿Quién es entonces esta serpiente?

¿Y todo por una manzana?

El enigma de la serpiente nos lleva a un segundo problema: ¿qué pecado cometieron Adán y Eva en el Paraíso?

Popularmente se responde que comieron una manzana prohibida. Pero conviene notar, ante todo, que en ninguna parte del relato se menciona manzana alguna. ¿De dónde salió la idea de esta fruta?

Esto surge de la Biblia escrita en latín. En efecto, en esta lengua manzana se dice *malus*, y mal se dice *malum*. Y como Adán y Eva comieron el fruto del mal (*malum*), se pensó que habían comido una manzana (*malus*). Hoy, que las Biblias ya no están en latín, sino en castellano, vemos que no comieron una manzana sino "un fruto" prohibido.

Volvamos, pues, al planteamiento. ¿Por comer un simple fruto Dios los mortificó con semejantes castigos? Si fuera así, lo que sucedió en el Paraíso no fue sino ¡un fatal error gastronómico!

Pero como sabemos que la serpiente es un símbolo (ya que no puede tratarse de un animal real), también el fruto prohibido tiene que ser simbólico. ¿Pero símbolo de qué? Si aclaramos quién es la serpiente, descubriremos también cuál fue el pecado del Paraíso.

¿Quién era la serpiente?

Lo primero que debemos tener en claro es que la serpiente simboliza a algún personaje o realidad entendible para los lectores de aquella época, porque si no, éstos se habrían quedado sin comprender el mensaje.

Ahora bien, por los modernos estudios bíblicos y arqueológicos sabemos que la serpiente, en aquella época, era el símbolo de la religión cananea, que los israelitas encontraron al entrar en la Tierra Prometida.

¿Por qué los cananeos emplearon como símbolo de la divinidad a la serpiente, cuando para nosotros es un animal dañino y peligroso? Porque los pueblos antiguos veían en ella tres cualidades.

Primero, la serpiente tenía fama de otorgar la inmortalidad, ya que el hecho de cambiar constantemente de piel parecía garantizarle el perpetuo rejuvenecimiento. Segundo, garantizaba la fecundidad, ya que vive arrastrándose sobre la tierra, que para los orientales representaba a la diosa Madre, fecunda y dadora de vida. Y tercero, transmitía sabiduría, pues la falta de párpados en sus ojos y su vista penetrante hacían de ella el prototipo de la sabiduría y las ciencias ocultas. Por eso el Génesis la presenta como *el más astuto de todos los animales del campo* (3, 1).

Estas tres características hicieron de la serpiente el símbolo de la sabiduría, la vida eterna y la inmortalidad, no sólo entre los cananeos, sino también en muchos otros pueblos, como los egipcios, los sumerios y los babilonios, que empleaban la imagen de la serpiente para simbolizar a la divinidad que adoraban, cualquiera fuera ella.

Una religión más seductora

¿Y qué les sucedió a los israelitas con la religión cananea? Para entenderlo es necesario tener en cuenta las circunstancias históricas por las que atravesaron.

Los hebreos fueron durante siglos un pueblo nómada. Desde la época de Abraham, que vivió alrededor del año 1800

antes de Cristo, el Dios que los acompañaba siempre era el Dios del desierto, de las montañas, de lo desolado y agreste. Era un Dios trashumante, que viajaba y se movilizaba junto con el grupo o el clan a todas partes, a fin de protegerlos de los peligros que entrañaba este tipo de vida.

El Dios de los hebreos era, pues, especialista en los problemas del desierto: los cuidaba en caso de ataque de tribus enemigas (Éx 17, 8-16), los ayudaba a encontrar agua entre las rocas (Éx 17, 1-6), los guiaba para hallar alimento en medio del páramo (Éx 16), enviaba plagas contra los pueblos opresores (Éx 7-12), se mostraba poderoso y terrible en los truenos y rayos (Éx 19, 16-19), velaba por la justicia y el orden en el campamento (Éx 21, 22).

Y Dios amparaba con tanta delicadeza a su pueblo, que durante el día se transformaba en una inmensa nube (para taparles el sol), y durante la noche en una columna de fuego (para iluminarlos en la oscuridad) (Éx 13, 21).

El Dios de los hebreos era, en verdad, sumamente práctico y experto en cuestiones de trashumancia.

Nueva oferta religiosa

Y durante seiscientos años (entre el 1800 y el 1200 antes de Cristo) el Dios de Israel fue un excelente acompañante y protector del pueblo. Pero a partir del año 1200 las cosas empezaron a cambiar. Los israelitas entraron en la Tierra Prometida, en Canaán, y se encontraron con la población local, es decir, los cananeos, mucho más evolucionados y desarrollados que ellos.

Ahora bien, los cananeos llevaban siglos instalados en la tierra, y por lo tanto eran completamente sedentarios, cono-

cían muy bien la agricultura, y vivían de los frutos del campo, de las viñas y del producto de sus ganados.

El dios de ellos se llamaba Baal y, por supuesto, era el dios que les proporcionaba las lluvias, la cosecha y la fertilidad de los campos. La forma más común con que lo representaban era la de una serpiente, símbolo de la vida y de la inmortalidad.

Baal tenía una compañera femenina, la diosa Asherá, diosa del amor y de la fecundidad. Y según las creencias cananeas, Baal y Asherá mantenían permanentes relaciones para asegurar la fecundidad de la tierra, de los rebaños y de los seres humanos. Por eso todas las fiestas religiosas cananeas estaban relacionadas con la cosecha.

La habitación de los dioses

¿Y cómo le rendían culto los cananeos a sus divinidades? Mediante la prostitución sagrada. En efecto, al ser un pueblo eminentemente agrícola, los cananeos pensaban que la fertilidad del campo y el éxito de la cosecha, su principal fuente de vida, dependían de la unión sexual de Baal con su esposa Asherá. Y que había que reproducir, aquí en la Tierra, esas mismas relaciones, a fin de mantener la fecundidad. Para ello acondicionaban pequeñas habitaciones al lado del templo, y allí los cananeos actualizaban aquellas relaciones divinas con prostitutas sagradas.

En un principio, la religión cananea no significó ningún problema para los israelitas. Ellos tenían claro que sólo Yahvé era su Dios, el que los había sacado de Egipto y los había acompañado a lo largo del desierto durante años, cuidándolos y protegiéndolos.

Pero a medida que pasaban los años y se iban haciendo sedentarios, los hebreos empezaron a dudar de que Yahvé les

fuera útil. Este Dios, originario del desierto, ¿entendería de las lluvias, los trabajos del campo y la cría del ganado? Este Dios solitario, sin esposa ni experiencia en la fecundidad, ¿podría ayudarlos a ellos ahora, en su nueva tarea de agricultores? ¿No sería preferible dejarlo y acudir a alguien con mayor experiencia en materia de cosechas, como eran Baal y su esposa?

Había que actualizar a Dios

Además, la religión cananea era muy sencilla y fácil de cumplir. Consistía exclusivamente en ceremonias rituales. No incluía ninguna exigencia moral, ni compromiso personal, ni conversión alguna, ni obligaba a practicar la justicia, el amor o el respeto a los demás. Bastaba con la prostitu-ción sagrada, un rito mágico y supersticioso, para agradar a Dios y obtener la bendición de las cosechas. Semejante religión era más agradable que las duras exigencias de la Ley de Dios.

Es fácil, pues, imaginar el serio peligro que la religión cananea comenzó a significar para los hebreos, herederos de la austera religión de Moisés.

Fue así como, poco a poco, si bien Yahvé siguió siendo el gran Dios nacional, a la hora de asegurar la fertilidad del suelo y la regularidad de las lluvias empezaron a volcarse hacia la serpiente, símbolo de Baal. Comenzaron a visitar sus templos, a participar de sus ritos, y a introducirse furtivamente en las chozas de las prostitutas sagradas durante las grandes fiestas.

El culto a las divinidades de la fertilidad fue, durante siglos, una permanente tentación para los israelitas. A veces con más fuerza, otras con menos, lo cierto es que Baal y Asherá terminaron seduciendo a los israelitas, que honraban a Yahvé, pero rendían culto apasionado a Baal y Asherá.

Por escuchar a la serpiente

Así estaban las cosas, cuando un escritor anónimo del siglo X decidió escribir un relato (nuestros actuales capítulos 2 y 3 del Génesis), para denunciar los peligros que estaba ocasionando la religión cananea entre sus hermanos israelitas. Según él, la sociedad toda (representada en Adán y Eva) debía estar viviendo en un Paraíso. Y, sin embargo, vivía en medio de injusticias, hambre, dolores, muerte.

Y la causa de todos estos males no era otra que la serpiente, la religión cananea, que llevaba al pueblo a refugiarse en meros ritos exteriores y a olvidar las elevadas exigencias de la Ley de Dios. A buscar la protección de Dios y la felicidad no a través de una vida moral, justa, honesta, al servicio a sus hermanos, sino mediante meras prácticas fetichistas.

¿Y por qué dice el autor del Génesis que la serpiente lleva a *comer del árbol de la ciencia del bien y del mal?* En hebreo decir "el bien y el mal" equivale a decir "todo", "todas las cosas". Y como una de las prácticas cananeas consistía en consultar a los adivinos y hechiceros para conocer las cosas futuras, algo inaudito para un buen israelita que sabía que el futuro del hombre está sólo en manos de Dios y no de un adivino, al pecado del Paraíso lo describe como el de pretender "conocer el bien y el mal", es decir, todo el futuro del hombre.

La serpiente y Satanás

El autor del Génesis quiso referirse a los males que en su sociedad estaba ocasionando la religión cananea. No habla de un hecho sucedido en los orígenes de la humanidad, ni pretendía culpar a una pareja determinada por los males que existían en el mundo. Si presenta este pecado como cometido en

los orígenes, es para decirles a los lectores que ese pecado (el de seguir a la religión cananea) está en el origen, en la raíz, en la base de todos los otros males sociales. Y les advierte sobre las posibilidades futuras (las de construir un Paraíso) que se están perdiendo por su mal proceder.

Con el transcurso de los siglos desapareció la religión cananea, y entonces la serpiente perdió su primitivo sentido y pasó a ser para la mentalidad judía un símbolo del mal, del adversario divino, del pecado.

Cuando en el exilio de Babilonia, siglos más tarde, los israelitas conocieron la figura de Satanás o Diablo, lo identificaron con su antiguo símbolo del mal, la serpiente del Paraíso.

Y por eso, novecientos años después del Génesis, el libro de la Sabiduría dice sin problemas: *Por envidia del Diablo entró la muerte en el mundo* (2, 24). Esta es la primera vez que la serpiente del Paraíso, que en el Génesis representaba a la religión cananea, aparece identificada con el Diablo. Y desde entonces esta idea se popularizó entre nosotros.

También el Apocalipsis, cuando habla del Dragón (o sea, el poder político enemigo de Dios), dice que es el Diablo y la Serpiente (12, 9; 20, 2). Todo enemigo de Dios será, desde ahora, el Diablo y la Serpiente.

Nuestra serpiente

El autor del Génesis supo encontrar una respuesta a los grandes males de su tiempo. Descubrió que la pobreza, las injusticias sociales, los problemas laborales, los dramas familiares, la vida misma del pueblo, podrían ser distintas si no anduviesen detrás de aquella serpiente.

Denunció, así, la inexcusable responsabilidad de la gente frente a las miserias que se vivían. No era voluntad de Dios la tragedia que envolvía a la sociedad, sino que se debía a que los israelitas se habían volcado hacia la religión de los cananeos. Y peor aún, ellos no parecían percatarse de la gravedad que esto implicaba. La serpiente era una voz seductora que, sin que el pueblo se diera cuenta, lo llevaba a abandonar la Ley de Dios, perdiéndose en el marasmo de la magia y en una religiosidad meramente exterior y fetichista.

Hoy el Génesis nos invita a descubrir lo mismo. A hacer una lista de los males que nos rodean, y tomar conciencia de que también a nosotros, subrepticiamente, se nos está colando una serpiente, que con voz seductora habla a nuestro pueblo, a nuestra gente, a nuestros gobernantes, a nuestros dirigentes, para alejarnos de la Ley de Dios. Que nos lleva a construir una sociedad mezquina, de miseria, de opresión, de injusticias, de niños abandonados, de mujeres sometidas, de hombres sin trabajo, de corrupción social, insolidaria, mientras nos sentimos religiosos porque practicamos devociones y ritos exteriores.

Descubrirla a tiempo es el gran desafío. Para desenmascararla, para no escucharla más. Para que por fin amanezca el Paraíso.

Para reflexionar

1) ¿Qué interpretaciones se han propuesto sobre la figura de la serpiente? ¿Por qué no son aceptables?
2) Para los israelitas ¿de qué era símbolo la serpiente? ¿Cuáles eran las cualidades que descubrían en ella?

3) ¿Qué peligro entrañaba la religión cananea para los israelitas?

4) ¿Qué significa comer del árbol de la ciencia del bien y del mal?

5) ¿Cuál es la serpiente que podríamos descubrir hoy, y qué nos está desviando del proyecto de Dios?

6) ¿Qué se puede hacer para evitar oírla?

Para continuar la lectura

MESTERS, C., *Paraíso terrestre, ¿nostalgia o esperanza?*, Buenos Aires, Bonum, 1972.

II ¿QUÉ DICE LA BIBLIA SOBRE LOS EXTRATERRESTRES?

Tres encuentros cercanos

Los que creen en los ovnis y en los platos voladores suelen citar la Biblia como prueba de que hay vida en otros planetas. Esto se debe a que, efectivamente, hay tres personajes bíblicos que parecen haber tenido contacto con seres extraterrestres durante sus vidas.

Dos de ellos, según el texto sagrado, fueron arrebatados y llevados al cielo, y no volvieron nunca más. Son el patriarca Henoc (Gn 5, 18-24) y el profeta Elías (2 Reyes 2, 1-13). De este último se afirma incluso que fue raptado por "un carro de fuego con caballos incandescentes".

El tercero es el sacerdote Ezequiel, el cual una noche llegó a contemplar un extraño ve-

hículo del que descendieron cuatro seres con alas de águila, pezuñas de buey y cuatro caras cada uno (Ezequiel 1, 1-28).

Mucho se ha especulado hasta el día de hoy sobre estos enigmáticos episodios. ¿A dónde fueron Henoc y Elías? ¿Por qué desaparecieron misteriosamente? ¿Qué fue lo que vio Ezequiel? ¿La Biblia demuestra la existencia de los ovnis?

El "caso" Henoc

El primer personaje bíblico citado por los creyentes del fenómeno de los ovnis es el patriarca Henoc, uno de los descendientes directos de Adán, que aparece descrito en el Génesis con características muy particulares.

Ante todo, porque dentro de una larga lista de patriarcas que vivieron cientos de años, él es el que menos tiempo vivió.

Segundo, porque sólo llegó a vivir 365 años. Y este número corresponde exactamente a la cantidad de días que tiene el año, lo cual hace pensar que se trataba de alguien vinculado con el mundo astronómico.

Tercero, porque se dice de él que "anduvo con Dios". Cuando la Biblia quiere decir que alguien es muy bueno, dice que anduvo "delante de Dios" (como Abraham, Isaac, David), o que anduvo "cerca de Dios" (como ciertos reyes de Israel). Pero decir que anduvo "con Dios" implica una santidad y una cercanía a él extraordinarias.

Finalmente, porque se narra que Henoc no murió, sino que "desapareció, pues Dios se lo llevó". Una afirmación realmente sorprendente para las Sagradas Escrituras, las cuales dan a entender que nadie pueda ir hasta donde Dios está.

Viaje especial, no espacial

¿Quién era Henoc? ¿Por qué "desapareció"? ¿A dónde se lo llevó Dios? Para responder a tales preguntas debemos tener presente que este patriarca ocupa el séptimo lugar en la lista de descendientes de Adán. Y que el número 7 es una cifra simbólica en la Biblia que significa "perfección".

Ahora bien, quienes compusieron esta lista genealógica de descendientes de Adán eran los sacerdotes de Jerusalén, los cuales daban mucha importancia al simbolismo de los números. Por eso, para que ocupara el séptimo lugar en ese elenco buscaron a alguien con características especiales y en cierto modo "perfectas". Y lo encontraron en una antigua leyenda israelita, que relataba la historia de un hombre llamado Henoc, tan justo y bueno que para que no se contaminara en la Tierra, Dios se lo llevó al cielo luego de permitirle vivir la cifra perfecta de 365 años.

Esta leyenda, que los sacerdotes resumieron y agregaron en la genealogía de Adán, sólo pretendía decir que Henoc había tenido una especial amistad con Dios, y que había logrado llegar a una cierta perfección durante su vida. Ver aquí algún tipo de "contacto extraterrestre" es salirse totalmente de las intenciones del autor bíblico.

El "caso" Elías

Lo que le pasó al profeta Elías es más sorprendente todavía. La Biblia refiere cómo éste, cuando presintió que su muerte estaba cerca, salió a caminar a orillas del río Jordán en compañía de su discípulo Eliseo. De pronto bajó del cielo un carro con caballos de fuego que lo arrebató y lo hizo desaparecer en el aire, ante el asombro de Eliseo y de otros discípulos que contemplaban la escena.

Esta narración, más detallada y dramática que la de Henoc, también alimentó la fantasía de muchos lectores que no han dejado de preguntarse: ¿quién tripulaba ese carro tan espectacular? ¿Se hallará Elías en algún planeta? Incluso, la tradición judía sigue actualmente esperando el regreso de Elías para el final de los tiempos.

Pero es sabido que, en el Antiguo Testamento, el poder de Dios suele representarse con la imagen del carro de guerra, porque éste era una de las armas más poderosas de la antigüedad.

En este sentido, el salmo 68, 18 afirma que *los carros de guerra de Dios son innumerables*. Isaías dice que *los carros de guerra de Dios parecen un torbellino* (66, 15). Y del profeta Eliseo se cuenta que un día Dios le mandó sus carros de guerra del cielo para defenderlo de sus enemigos (2 Reyes 6, 17).

Los carros se describen como "de fuego", porque en la Biblia ésta es la forma preferida por Dios para aparecerse entre la gente.

Por un final digno

O sea que cuando la Biblia habla de "carros y caballos de fuego" no alude a los ovnis ni a nave espacial alguna, sino que se refiere al poder, a la fuerza, al auxilio que Dios ponía a disposición de los hombres.

Es ridículo, pues, tomar el relato de Elías al pie de la letra. Se trata simplemente de una narración poética que quería señalar cómo este gran profeta, el más importante de toda la historia de Israel, tuvo un final digno de su vida excepcional. Elías había luchado durante toda su vida para mantener la pureza de la fe israelita, y un personaje así merecía honores

de héroe. Pues bien, la tradición, con esta historia simbólica, se los concedió.

El "caso" Ezequiel

Pero el relato bíblico más impresionante es el que aparece en el libro de Ezequiel. Allí se cuenta que una noche, mientras el profeta estaba mirando el cielo de Babilonia, vio bajar a cuatro seres rodeados por una nube de fuego. Cada uno mostraba cuatro caras, con forma de león, de toro, de águila y de ser humano. Tenían, además, cuatro alas y piernas terminadas en pezuñas. Observó en medio de ellos un carro con cuatro ruedas que avanzaban en las cuatro direcciones, cuyas llantas estaban llenas de ojos.

Al elevar la vista, vio Ezequiel que la parte superior del vehículo era una bóveda luminosa, que brillaba como el cristal, sobre la cual había un trono de zafiro. Y allí sentada, una figura con apariencia humana envuelta en fuego y rodeada de un arco iris, cuyo rostro era imposible de distinguir.

El espectáculo impactó tanto a Ezequiel que cayó boca abajo en la tierra sin poder seguir mirando. Y debió permanecer luego varios días encerrado en su casa, mudo y aturdido (3, 15. 24. 26).

Un objeto volador sí identificado

Pero las imágenes desplegadas en esta visión resultan fácilmente entendibles para el que conoce los símbolos bíblicos. Lo que tuvo aquí Ezequiel fue simplemente una visión de Dios sentado en su trono. Es lo que se deduce de todos los elementos empleados.

En efecto, quiénes eran estos seres fantásticos con alas y cuatro caras lo dice él mismo más adelante (Ez 10, 15. 20-22): eran los querubines, figuras fantásticas que, según los israelitas, acompañaban a Dios a todas partes, y que por eso eran mencionados cuando se quería hablar de él (1 Sam 4, 4; 2 Sam 6, 2). También se hallaban como adornos en el Templo de Jerusalén (1 Rey 6, 23-29).

Las extrañas ruedas no son sino la carroza del Arca de la Alianza, el vehículo en el que siempre se desplazaba Yahvé. Están llenas de ojos, porque los ojos representan la sabiduría de Dios.

El vehículo tenía como techo una bóveda, porque para la Biblia Dios habita sobre la bóveda del cielo. El fuego rodeaba a la figura para indicar que se trataba de Dios mismo. Y dice que Ezequiel no puede distinguirle la cara pero igualmente se arroja al suelo, porque, según la Biblia, nadie puede ver el rostro de Dios y seguir viviendo.

Cuando Dios viajó a Babilonia

El mensaje de la visión también resulta fácil de entender, teniendo en cuenta el contexto del relato. Ezequiel se encuentra en Babilonia, desterrado con un grupo numeroso de judíos, que se sienten solos y abandonados por Dios (Is 40, 27; 49, 14). Piensan que el Señor vive en Jerusalén, a miles de kilómetros de allí, y no se entera de sus problemas.

La visión, pues, quiere hacerles saber que Dios ya no estaba más en Jerusalén. Que había llegado a Babilonia en su carro, para que ellos no volvieran a creerse abandonados. La enseñanza del relato es que Dios se había hecho ahora presente en medio de los exiliados.

Más aún, Dios quería hacerles comprender que de ahora en adelante él no estaba sujeto a ninguna ciudad ni a ningún templo (como ellos creían) sino que habitaba en todo el mundo. Por eso se emplea tanto el número 4 (cuatro seres, cuatro alas, cuatro caras, cuatro ruedas, cuatro direcciones). Porque este número en la Biblia simboliza el cosmos, el universo entero con los 4 puntos cardinales.

El libro de Ezequiel, pues, no alude en absoluto a fenómenos extraterrestres. Cualquier lector de aquella época comprendía inmediatamente el sentido de la narración y el mensaje que transmitía.

En ninguno de los tres personajes bíblicos analizados, pues, hay alusión alguna a contactos con platos voladores.

El mundo de aquel tiempo

Y existe una poderosa razón por la cual la Biblia jamás menciona a seres de otro planeta, ni lo podría haber hecho. Y es porque la idea del cosmos que los hebreos tenían era muy diferente de la que tenemos hoy en día.

Para ellos, la Tierra era un enorme disco plano (Sal 136, 6), rodeado de aguas, y asentado sobre inmensas columnas llamadas las *columnas de la Tierra* (1 Sam 2, 8; Jb 9, 6). Éstas, a su vez, estaban sumergidas en un profundo abismo de aguas (Éx 20, 4), pero se ignoraba sobre qué estaban apoyadas en el fondo.

Creían, además, que el firmamento que se ve arriba en el cielo era tan sólo una cúpula de cristal celeste (Jb 37, 18), que se apoyaba en la Tierra también por medio de columnas, llamadas las *columnas del cielo* (Jb 26, 11). Del firmamento se creía que colgaban, como de un enorme cielo raso, el sol, la

luna, las estrellas y los planetas (Gn 1, 14-15), los cuales cambiaban de posición y rotaban arriba empujados por ángeles.

Por lo tanto, las estrellas y los planetas en la Biblia son simples adornos del cielo, pequeñas lámparas puestas por Dios para iluminar a los hombres y orientarlos durante la noche. Nunca pensaron que podían ser mundos inmensos habitados por otras criaturas.

Las iglesias cósmicas

Desde que en 1947 el piloto estadounidenseKenneth Arnold divisó por primera vez unos objetos no identificados en el cielo de los Estados Unidos, cerca del Monte Rainiero, y les puso el nombre de "platos voladores", se desataron acalorados debates en torno a la cuestión de los ovnis y de las visitas de extraterrestres.

Según una encuesta Gallup, cerca de cinco millones de estadounidenses han observado objetos voladores en el cielo. Algunos, incluso, afirman haber sido arrebatados y llevados a otros planetas.

Pero, a pesar de todo lo que se habla y escribe sobre el tema, los científicos aún no han logrado obtener una sola evidencia sobre el tema, ni tampoco captar señales inteligentes del espacio exterior, por lo cual la existencia de civilizaciones extraterrestres sigue siendo una mera hipótesis científica, lejos aún de ser demostrada.

Esta falta de pruebas ha llevado a muchos a buscar en la Biblia testimonios de que existen contactos con seres de otros mundos desde épocas remotas. Y sobre estas bases, poco a poco, fueron apareciendo sectas y grupos que fomentan el culto

a las naves espaciales. Desde 1960 se produjo el auge de las Iglesias Cósmicas y la devoción a los seres de otras galaxias, con millones de adeptos en el mundo entero que confían en que la salvación vendrá cuando los extraterrestres decidan bajar a la Tierra para llevarnos a sus mundos, tal como lo hicieron con Henoc y Elías, y como le propusieron a Ezequiel. Pero esto es malinterpretar las Sagradas Escrituras.

El único que llegó del cielo

¿Existen los seres extraterrestres? La Biblia no lo afirma ni lo niega. Simplemente lo ignora. Y la ciencia tampoco ha podido hasta ahora aportar una sola prueba. El argumento que más se suele esgrimir en este sentido es el "cuantitativo", que sostiene que es imposible que en las cientos de miles de galaxias que hay en el universo, con sus sistemas solares y planetas, sólo la Tierra sea un lugar habitado por seres vivos.

Pero no nos dejemos impresionar demasiado por el argumento de la pluralidad de mundos. La aparición de la vida es un fenómeno de índole "cualitativo", y su comparación con todo lo que es meramente cuantitativo tiene poco peso. ¿Acaso Dios no puede amar tanto al hombre y privilegiar su existencia, al punto de crear todo ese derroche de mundos y de estrellas como adornos para él? ¿Es acaso absurdo pensar que Dios haya hecho existir una inmensa multitud de astros en un universo en génesis, para que en un pequeño satélite de uno de ellos se realizara la feliz aparición de la vida, la inteligencia y el espíritu? ¿La sola existencia de la humanidad no justifica el enorme despliegue de formas inventadas por la vida en movimiento?

Negar esto, al menos como posibilidad, es subestimar el valor del hombre y disminuir el amor de Dios.

Sea como fuere, lo cierto es que si sólo la Tierra estuviera habitada en todo el cosmos, no nos hallaríamos "solos" en el universo. Porque, además de los millones de hermanos que tenemos en todas partes, también vino a nuestra Tierra a visitarnos el Hijo de Dios, Jesucristo. Y vino más allá de las estrellas, nada menos que de junto a Dios, a poner su morada entre nosotros (Jn 1, 1-18).

Para reflexionar

1) ¿Cuáles son los episodios bíblicos que suelen citarse como ejemplos de posibles contactos extraterrestres?
2) ¿Con qué características especiales aparece descrito Henoc? ¿Qué significado tiene cada una de ellas?
3) ¿Con qué características especiales aparece descrito Elías? ¿Por qué se relata así el final de su vida?
4) ¿Qué características especiales tiene la vocación de Ezequiel? ¿Qué significa esta descripción?
5) ¿Por qué la Biblia nunca menciona a posibles seres de otros planetas?
6) ¿Qué significado tiene la visita de Jesús a nuestra tierra?

Para continuar la lectura

ALONSO SCHOKEL, C., *Profetas*, vol. II, Madrid, Cristiandad, 1980.

III

¿POR QUÉ NOÉ MALDIJO A SU HIJO QUE LO VIO DESNUDO?

Desnudo por el alcohol

Una de las escenas más extrañas de la Biblia es la que cuenta que un día Noé se quedó dormido, a causa de una borrachera, y su hijo Cam entró en la habitación y lo vio desnudo. Debido a esto, Cam recibió una tremenda maldición.

El incidente tuvo lugar después del diluvio universal, cuando Noé y su familia bajaron del arca y se establecieron en tierra firme. El Génesis lo relata así:

Los hijos de Noé que salieron del arca eran Sem, Cam (padre de Canaán), y Jafet. Noé era agricultor y había plantado una viña. Cierto día, en que había bebido vino, se embriagó y quedó ti-

rado y desnudo en medio de su tienda. Cam (padre de Canaán) vio desnudo a su padre, y avisó a sus dos hermanos que estaban afuera. Entonces Sem y Jafet entraron en la tienda mirando para otro lado y, con un manto, cubrieron la desnudez de su padre. Cuando Noé despertó de su borrachera y se enteró de lo que su hijo menor había hecho, dijo: "Maldito sea Canaán. Será el sirviente de sus dos hermanos". Luego añadió: "Bendito sea Yahvé, el Dios de Sem, y que Canaán sea esclavo suyo. Que Dios permita a Jafet extenderse, que habite en los campamentos de Sem, y que Canaán sea esclavo suyo" (9, 18-27).

¿Qué pecado puede ser?

¿Cuál fue el pecado de Cam? ¿Era tan grave haber visto a su padre desnudo? ¿Por qué la Biblia conservó el recuerdo de este hecho? Tales preguntas nos hacen sospechar que detrás del relato se esconde algo que no se capta a simple vista. ¿Qué es?

Ya al comienzo hay un detalle curioso. Noé aparece como agricultor, plantando una viña. Y se nos ocurre preguntar: ¿de dónde sacó la cepa de la vid, si el diluvio había exterminado toda forma de vida?

El relato no lo dice, ni tiene en cuenta la incoherencia. Sólo busca con esta escena dejarnos un mensaje, y es el siguiente: la Tierra había quedado maldita por el pecado de Adán y Eva (Gn 3, 17-19). Era un inmenso desierto y sólo producía abrojos y espinas. Pero ahora las aguas del diluvio habían saneado otra vez el mundo y lo habían purificado. Esto se comprende por las palabras que Dios le dijo a Noé al terminar la catástrofe: "De ahora en adelante, y mientras exista la Tierra, siempre habrá siembra y cosecha, hará frío y calor, habrá invierno y verano, existirá el día y la noche" (Gn 8, 21-22). Es decir, el mundo se había normalizado.

El diluvio sanador

Por eso el autor del Génesis muestra a Noé cultivando una vid (la más preciosa y noble de todas las plantas de la Biblia), sin importarle si esto era posible o no después del diluvio. Porque quiere indicarnos que la maldición había sido levantada. Que Dios le había devuelto a la Tierra la fecundidad, al punto tal de producir nada menos que viñedos. Porque los enojos de Dios duran poco.

Noé, pues, aparece haciendo lo contrario de Adán. Adán con su pecado había traído el sufrimiento y la esterilidad a la tierra. Noé, por su bondad, había traído el alivio y el consuelo al mundo. Con razón cuando nació, su padre lo llamó así. Porque *Noé* en hebreo significa "consolar".

La enseñanza del autor es clara: cuando alguien bueno como Noé aparece sobre la Tierra, la Tierra vuelve a ser buena.

Una maldición para el nieto

A continuación, el autor pasa a relatar el hecho central. Un día Noé se embriagó con el vino que producía su viña, y se durmió desnudo en su tienda. En ese momento, entró su hijo Cam, que aparece presentado como el "padre de Canaán". ¿Por qué el relato insiste en que es el padre de Canaán (dos veces lo dice, en los vv. 18 y 22), cuando Cam todavía ni siquiera tiene hijos?

Entonces, sigue la narración, Cam "vio desnudo a su padre", y avisó a sus dos hermanos que estaban afuera, los cuales no vieron la desnudez de su padre. ¿Qué pecado hay aquí? ¿Qué falta de respeto es ver a un padre desnudo?

Y cuando Noé se despierta y advierte lo que ha pasado, reacciona de una manera doblemente inesperada. Primero, lanza una dura maldición, demasiado exagerada para lo que Cam ha hecho. Y segundo, no maldice a Cam, responsable del hecho, sino al hijo de éste, o sea, a Canaán. ¿Por qué Noé maldice a su futuro nieto?

A esta altura del relato ya no entendemos nada.

Prohibido entre parientes

Si analizamos la historia con cuidado, notaremos algo que nos puede ayudar: el texto original no dice que Cam vio a su padre desnudo, sino que "vio la desnudez de su padre", que no es lo mismo. Y repite tres veces esta expresión. ¿Qué significa "ver la desnudez", en la Biblia?

El libro del Levítico trae unas treinta veces esta frase, y la emplea para referirse a las relaciones sexuales con una persona. Por ejemplo, dice: *No descubrirás la desnudez de la mujer de tu padre* (es decir, no tendrás relaciones con la mujer de tu padre) (18, 8). *No descubrirás la desnudez de tu hermana* (es decir, no tendrás relaciones con tu hermana) (18, 9). *No descubrirás la desnudez de tu nieta* (es decir, no tendrás relaciones con tu nieta) (18, 10). *No descubrirás la desnudez de tu tía* (es decir, no tendrás relaciones con tu tía) (18, 12). *No descubrirás la desnudez de tu nuera* (es decir, no tendrás relaciones con tu nuera) (18, 15).

Por lo tanto, que Cam haya visto "la desnudez de su padre", alude a una relación sexual de Cam. ¿Se refiere entonces a una relación de Cam con Noé? Nada de eso parece decir el texto; no hay aquí ninguna referencia a un acto homosexual. Además, que dos veces se diga que "Cam es el padre de Canaán" nos lleva a pensar otra cosa.

¿Con quién tuvo relaciones, entonces, Cam? Aquí el Levítico nos ayuda otra vez. Cuando "la desnudez" que se prohíbe ver no es la de una mujer sino la de un hombre, no se está prohibiendo la relación sexual con "ese" hombre (las relaciones sexuales entre hombres se sobreentendían prohibidas), sino con la esposa de ese hombre.

Para decirlo con otras palabras: en la Biblia, la desnudez de un hombre es "su esposa". Por ejemplo, la desnudez del padre es "la esposa" del padre. La desnudez del hermano es "la esposa" del hermano.

En efecto, se dice: *No descubrirás la desnudez del hermano de tu padre, es decir, la de su esposa* (18, 14). O: *Si un hombre se acuesta con la mujer de su padre, ha descubierto la desnudez de su padre* (20, 11). O también: *Un hombre ha descubierto la desnudez de su hermano, si se casa con la mujer de él* (20, 21).

En todos los casos, "la desnudez" de un hombre es su esposa. Por lo tanto, y volviendo a nuestra historia, que Cam haya visto la desnudez de su padre Noé significa, en lenguaje bíblico, que se acostó con la esposa de Noé. En definitiva, con su propia madre.

Nacido con vergüenza

De este modo, se aclaran todos los interrogantes: a) se entiende por qué Noé al enterarse de lo ocurrido, lanzó una maldición: porque su hijo cometió un incesto, que es uno de los pecados más aberrantes para la Biblia; b) se entiende por qué Noé no maldice a su hijo Cam, sino a su nieto Canaán: porque nacerá como producto del incesto; c) se entiende por

qué se insiste en que Cam es el padre de Canaán: porque en todo momento se quiere centrar la atención no en Cam, sino en su futuro hijo Canaán, que será maldito desde sus orígenes por ser fruto de un pecado.

Después de que Cam "vio la desnudez de su padre", dice el Génesis que "avisó a sus dos hermanos que estaban afuera". Este "aviso" era, evidentemente, una invitación para que ellos hicieran lo mismo. Pero el libro aclara que ellos "no vieron la desnudez de su padre", sino que entraron en la tienda de espaldas y la cubrieron. Con esto se muestra la negativa de Sem y Jafet a caer en el incesto, y explicará la posterior bendición que su padre les dio a ellos.

¿Recuerdos de alcoba?

Nos falta resolver una última cuestión. ¿Por qué el recuerdo de un pecado tan doméstico y privado como éste fue conservado en las Sagradas Escrituras? ¿Sólo para decirnos que está mal el incesto?

Si atendemos a las palabras finales del relato, o sea, a las maldiciones y bendiciones de Noé (vv. 25-27), veremos que éste no es un simple acontecimiento familiar, sino que está cargado de intenciones políticas.

En efecto, los personajes principales de la historia son los tres hijos de Noé, es decir, Sem, Cam (con su futuro hijo Canaán) y Jafet. ¿Y a quiénes simbolizan los tres hermanos? Para la mentalidad popular hebrea, Sem era el antepasado de los "semitas", y por lo tanto de ellos mismos. Canaán representaba a los cananeos, sus tradicionales enemigos. Y Jafet era el antepasado de los filisteos, pueblo que compartió con los israelitas la Tierra Prometida durante siglos.

Ahora bien, cuando Israel se apoderó de la Tierra Prometida (que entonces se llamaba Canaán), derrotó a sus habitantes, los cananeos, los conquistó y esclavizó (Jos 24, 11-13).

Pero hubo un pueblo al que jamás pudieron dominar ni someter: los filisteos. Éstos habían llegado a la Tierra Prometida casi al mismo tiempo que los israelitas, aunque por otro lado: estos entraron por el este y los filisteos por el oeste. Y se instalaron en la costa del país, de la cual nunca pudieron ser expulsados.

El pueblo misterioso

Israel veía cómo, siglo tras siglo, fallaba en su intento de dominar a los filisteos. Estos se mantenían libres y fuertes, e incluso llegaron también a someter a los cananeos vecinos. Y una duda comenzó a atormentar a los israelitas: ¿acaso Dios no les había dado la Tierra Prometida a ellos? ¿No les había asegurado que someterían a todos los pueblos que la habitaban? (Éx 23, 23). ¿Qué pasó con los filisteos? ¿No tuvo Yahvé el poder suficiente para cumplir su promesa hasta el final? Esta cuestión los perturbaba enormemente.

Hasta que, reflexionando e inspirados por Dios, encontraron la respuesta. Los filisteos se quedaron en el país, no porque Dios no pudiera expulsarlos, sino porque esa fue su voluntad desde el principio. Dios había dispuesto que los filisteos también se apoderaran de una parte de la Tierra Prometida, así como los israelitas se adueñaron del resto. Únicamente a los cananeos había que esclavizar y someter, por los pecados aberrantes que cometían.

Por eso, imaginaron este relato, con finalidad didáctica, en el cual Noé, ya al principio del mundo aparece profetizan-

do lo que en realidad ellos descubrieron más tarde en la historia: *que Canaán* (es decir, los cananeos) *sea maldito, y sea el sirviente de sus dos hermanos. Que Sem* (es decir, los israelitas) *sea bendito y que Canaán sea esclavo suyo. Que Jafet* (es decir, los filisteos) *se extienda y habite en medio de los campamentos de Sem, y que Canaán sea esclavo suyo* (vv. 25-27).

Por lo tanto, esta narración no tiene connotaciones sexuales sino políticas, y fue compuesta para explicar una situación que se había dado en la historia de Israel: la esclavitud de los cananeos y la supervivencia de los filisteos.

Dos hijas en malos pasos

Que esta interpretación es correcta se corrobora por otro episodio del Génesis: el origen de los moabitas y amonitas (19, 30-38). Estos eran dos pueblos vecinos de Israel, que habitaban al oriente del río Jordán, y sumamente odiados por los israelitas. Tal odio se debía a que, en varias oportunidades a lo largo de la historia, habían cruzado la frontera para invadir, saquear y cometer toda clase de vejaciones contra las poblaciones hebreas. Incluso cuando Nabucodonosor destruyó la ciudad sagrada de Jerusalén, ellos colaboraron con la destrucción, cosa que jamás perdonaron los judíos (2 Rey 24, 2).

Tanto era el odio que sentían por estos dos pueblos, que la Ley judía prohibía terminantemente admitir a alguno de ellos en el pueblo elegido hasta la décima generación. Es decir, no sólo a los amonitas o moabitas, sino también a todo aquel que tuviera a uno de ellos entre sus antepasados, aunque fuera muy remoto (Deut 23, 4).

¿Y cómo cuenta la tradición judía el origen de ambos pueblos? Dice que, cierto día, las dos hijas de Lot (el sobrino

de Abraham) tuvieron un diálogo muy angustioso. No quedaban hombres con quienes casarse, ya que recientemente había bajado fuego del cielo sobre Sodoma y Gomorra, y había destruido también las ciudades de los alrededores. ¿Morirían ellas solteras y sin hijos?

Otro padre emborrachado

No podían remediar su soltería. Pero sí, al menos, la falta de hijos. Esa noche, la mayor emborrachó a su padre y luego se acostó con él. Al día siguiente, la menor hizo lo mismo. De esta manera, ambas quedaron embarazadas ¡de su propio padre!

El hijo de la mayor se llamó Moab, y de él descendieron todos los moabitas. El hijo de la menor se llamó Ben Ammí, y de él descendieron todos los amonitas.

Así, mediante estos relatos degradantes y vergonzosos, nacidos de la chispa politiquera y no de la historia, los israelitas se vengaron de sus aborrecidos enemigos, por todos los males que les habían infligido.

Como vemos, este relato tiene una coincidencia asombrosa con el de Noé: el padre borracho, la relación incestuosa, el hijo concebido por ella, un pueblo enemigo que desciende de él. Las dos narraciones, pues, fueron compuestas con el mismo fin: explicar y justificar la situación política que había entre Israel y estos pueblos.

La esclavitud tan temida

Pero también nosotros podemos sacar una enseñanza. Había tres hermanos. Nacidos en la misma familia. Felices.

Llenos de proyectos magníficos. Llamados por Dios para algo grande y glorioso. Pero uno terminó esclavo, y los otros dos libres. Uno quedó sometido, y los otros se volvieron sus amos. A uno la vida se le volvió un infierno, y a los otros una plenitud. Y todo por culpa del pecado.

Esta es la primera vez que la Biblia habla de la esclavitud, la institución más espantosa que haya inventado el ser humano. Donde uno prueba la muerte en vida. Donde uno no puede decidir por sí mismo, ni hacer lo que le gusta, ni ir a donde quiere, ni tener amigos, ni ser feliz. Sólo tiene un amo que lo manda; alguien que desde arriba le ordena lo que él no quiere hacer, que lo priva de sus sueños, le amputa sus ilusiones y lo degrada.

Y aunque hoy entre nosotros ya no existe esta institución, sin embargo en la vida diaria, con cada pecado que cometemos, nos volvemos menos libres, menos dueños de nosotros mismos, más dependientes. De lo que hicimos, lo que dijimos, del mal que generamos, del vicio que adquirimos. Hasta que ya no podemos levantar la cabeza, ni mirar al mundo de frente, ni ir a donde queremos. Debemos hacer lo que nos pida el nuevo amo que hemos adquirido: el pecado.

Jesús lo dice con toda crudeza, sin historias de por medio: *El que peca, se vuelve esclavo* (Jn 8, 34). Y hay que creerle.

Por eso, librarse del pecado es sacarse de encima un pesado yugo que no nos deja gozar de la libertad de los hijos de Dios. Jesús vino para devolvernos esa libertad. Para que todos los hombres vuelvan a ser como aquellos tres hermanos, antes de que Cam pecara.

Para reflexionar

1) ¿Por qué Noé aparece cultivando una vid al principio del relato?
2) ¿Qué significa en la Biblia "ver la desnudez" de alguien?
3) ¿Qué significa, en el relato, que Cam haya "visto la desnudez" de Noé?
4) ¿A quiénes representan, en el relato, los tres hijos de Noé?
5) ¿Por qué conservó la Biblia este episodio entre sus escritos?
6) ¿Cuáles son las esclavitudes que podemos descubrir en nuestro mundo moderno?

Para continuar la lectura

SEVERINO CROATTO, L., *Exilio y Sobrevivencia*, Lumen, Buenos Aires, 1997.

IV ¿POR QUÉ DIOS LE ORDENÓ A ABRAHAM SACRIFICAR A SU HIJO?

Una orden sangrienta

Uno de los relatos más desgarradores de la Biblia es aquel en el que Dios le pide a Abraham que mate a su hijo Isaac y se lo ofrezca como sacrificio. Según el Génesis (22, 1-19), una noche se le presentó Dios a Abraham y para ponerlo a prueba le dijo: *Toma a tu hijo, a tu único hijo, al hijo que tanto amas, y llévalo a la región de Moria para ofrecérmelo en holocausto* (es decir, quemándolo totalmente).

Sin decir una palabra se levantó Abraham de madrugada, preparó su asno, tomó consigo a dos sirvientes y a su hijo Isaac, cortó la leña para el holocausto y se dirigió al lugar que Dios

le había indicado. Cuando llegaron, Abraham ordenó a sus sirvientes que se quedaran allí con el asno mientras él y su hijo iban a ofrecer un sacrificio a Dios. Cargó entonces Abraham la leña sobre los hombros de Isaac (que ignoraba las intenciones de su padre), tomó el fuego y el cuchillo, y partieron.

Mientras iban por el camino Isaac preguntó: *Papá, llevamos el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el sacrificio?* Abraham respondió: *Dios proveerá el cordero para el sacrificio, hijo mío.*

Arribados al lugar indicado, Abraham levantó un altar, preparó la leña, ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar. Y cuando alzó su mano con el cuchillo para sacrificarlo, un ángel desde el cielo le gritó: *Abraham, Abraham, no le hagas daño al muchacho. Ahora sé que eres respetuoso de Dios y que no me has negado tu único hijo.* Al alzar los ojos, Abraham vio un carnero enganchado por los cuernos en un matorral. Lo tomó y lo sacrificó en lugar de su hijo, y ambos regresaron a casa.

El Terror de Isaac

Muchos cristianos, al leer este capítulo de la Biblia, no pueden menos que sentirse escandalizados. Algunos llegan incluso a rebelarse contra Dios. ¿Cómo pudo exigirle a Abraham, un pobre anciano con una esposa estéril, que matara al único hijo que había logrado engendrar? ¿Sólo para probar su fidelidad? ¿Acaso un crimen puede convertirse en un deber sagrado para Dios?

Quienes lo justifican contestan que el relato no debe perturbarnos, porque desde el comienzo sabemos que se trata sólo de una prueba que tendrá un final feliz. Sí, pero el problema es que Abraham no lo sabía. Por eso esta orden de Dios siempre ha provocado un horror difícil de ocultar.

Así lo sintió la tradición judía que, impresionada por la magnitud del hecho, cuenta que Sara, esposa de Abraham, al enterarse tiempo después de que su hijo estuvo a punto de ser sacrificado, lanzó siete gritos y murió.

La misma Biblia conserva con desagrado el recuerdo de aquel episodio, pues, siglos más tarde, los israelitas en vez de llamar a Yahvé *El Dios de Abraham y el Dios de Isaac*, le daban el título de *El Dios de Abraham y el Terror de Isaac* (Gn 31, 42.53). Para el pobre Isaac, Dios había sido tan sólo un Dios de espanto.

La tentación del vecino

Por eso, los estudiosos de la Biblia se preguntan: ¿probó Dios realmente a Abraham pidiéndole que matara a su hijo? ¿Puede mandarnos pruebas a nosotros también, aunque nos hagan sufrir o nos resulten crueles? Un Dios así ¿no destruiría la confianza religiosa de cualquier hombre?

Hoy todos los biblistas enseñan que la prueba de Abraham no es un hecho verídico, sino un episodio legendario. Pero aun en el supuesto caso de que hubiera tenido lugar, lo importante es averiguar qué enseñanza quiere dejarnos, es decir, con qué finalidad fue incluido en la Biblia.

Y aquí viene lo lamentable: los lectores siempre han creído que la enseñanza del relato está en los primeros versículos (donde se dice que Dios quiso poner a prueba a Abraham), cuando en realidad está en los últimos versículos (es decir, en la orden de no matar al muchacho). En efecto, quien compuso la narración buscaba simplemente enseñarnos que a Dios no le agradan los sacrificios humanos.

Qué pretendía el autor

Para entender mejor el relato, debemos tener presente que los sacrificios humanos eran una costumbre muy extendida en casi todos los pueblos de la antigüedad. Y, por supuesto, también en los pueblos limítrofes con Israel (como los cananeos, amonitas, moabitas y edomitas) se solía matar a los niños, degollándolos o quemándolos vivos, para luego presentarlos como ofrenda a sus dioses.

Los motivos de los sacrificios eran muy diversos: para pedir el fin de una sequía, de una esterilidad, del hambre, o el éxito de una guerra. Cualquier necesidad o angustia por la que alguien atravesaba, era motivo para ofrecer a la divinidad lo más valioso que tenía: sus propios hijos.

Lo que justificaba semejante crueldad era la idea de que la voluntad de los dioses estaba por encima de cualquier otra cosa, aun de la misma felicidad humana.

Cuando los israelitas llegaron a Canaán en el año 1200 a.C, entraron en contacto con sus vecinos y pudieron conocer los ritos macabros que éstos practicaban. Y la tentación de imitarlos fue enorme. Pensaban que al ofrecerle a Dios mucho (¡nada menos que un hijo!), recibirían de él mucho. Era una enorme muestra de fe en Dios.

Un cordero por un niño

Al principio los israelitas se dejaron seducir por estas costumbres sangrientas. Pero con el correr de los años, reflexionando, ellos comprendieron que su Dios, Yahvé, era distinto de los demás dioses. Que no le agradaban los sacrificios humanos. Que amaba la vida y no la muerte de los niños, y que por lo tanto no toleraba que se los matara ni se los quemara.

¿Entonces Dios no aceptaba a los niños hebreos? ¿No los quería? Sí que los quería. Especialmente al hijo mayor varón de toda familia, que era lo más valioso que se tenía. Pero entendieron que Dios prefería el sacrificio de un animal, en lugar de la muerte de un niño.

De este modo, poco a poco, modificaron la costumbre de matar a los niños y crearon la del "rescate", que consistía en sacrificar, en reemplazo de ellos, un corderito como ofrenda (Éx 13, 12-15).

Y para erradicar definitivamente esta práctica sanguinaria, incluyeron en la Ley la prohibición del sacrificio de niños: *No sacrificarás ningún hijo tuyo a Molok* (dios de los amonitas) (Lev 18, 21). Para quienes no la observaran se estableció la pena de muerte: *Si un israelita o un extranjero sacrifica uno de sus hijos a Molok, lo matarás. Todo el pueblo lo lapidará. Y si el pueblo no lo mata, yo mismo lo exterminaré a él de en medio del pueblo* (Lev 20, 2-5).

El Monte del Escándalo

La convicción de que Yahvé no aceptaba sacrificios humanos constituyó una idea revolucionaria para aquella época, y significó un avance religioso y cultural sin precedentes. Pero a pesar de ello, los israelitas no la asumieron del todo. Una y otra vez, a lo largo de su historia, se dejaron llevar por sus vecinos y cayeron en la tentación de practicar tales ritos.

Así, sabemos que Jefté, uno de los jueces de Israel, al volver cierto día de una batalla, le prometió a Dios imprudentemente, en agradecimiento por la reciente victoria, que le iba a ofrecer como holocausto al primero que le saliera a recibirlo en la puerta de su casa. Desgraciadamente la primera en

aparecer fue su única hija, a quien el pobre Jefté muy entristecido tuvo que matar y quemar (Jc 11, 29-40).

También la Biblia nos cuenta que Salomón, influido por sus esposas extranjeras, construyó sobre un monte, al sudeste de Jerusalén, un templo al dios moabita Kemosh, en donde se hacían sacrificios humanos (1 Rey 11, 7). Por esto, el lugar fue llamado posteriormente "el Monte del Escándalo".

Para Abraham, lo que era de todos

Pero hubo más. Los israelitas, siguiendo los pasos de Salomón, levantaron en el valle de Hinnom, al sur de Jerusalén, un lugar llamado Tófet en donde sacrificaban niños en hornos ardientes. También el rey Ajaz, de Judá, cayó en la misma tentación e incineró a su propio hijo como ofrenda al dios Molok. Otro monarca, llamado Manasés, siguió el mismo camino. Y un tal Jiel, en esta misma época, quiso reconstruir la ciudad de Jericó, y para tener buena suerte mató a dos de sus hijos: al mayor cuando edificó los cimientos, y al menor cuando edificó las murallas.

De nada sirvieron las amenazas y reprensiones de los profetas (Miq 6, 7; Jer 7, 31; Ez 20, 31). El pueblo no perdía oportunidad de reincidir en estas prácticas aberrantes.

Entonces, un escritor judío, a quien los estudiosos llaman el "Elohísta", a fin de dar mayor autoridad a esta prohibición, compuso la historia del sacrificio de Isaac para remontar y atribuir a Abraham lo que había sido un descubrimiento posterior del pueblo de Israel a lo largo de varios siglos.

Así, el autor relata que ya Abraham, cuando vivía en Canaán en el 1800 a.C., también se vio tentado de ofrecer a Dios lo más valioso que tenía: su único hijo; pero Dios se lo

impidió y en su lugar hizo que sacrificara un carnero. (Lo cual en realidad era lo que había vivido el pueblo de Israel: en Canaán se encontró con la práctica de los sacrificios humanos y sintió la tentación de asumirla. Pero inspirado por Dios la desechó y en su lugar se acostumbró a ofrecer un animal).

Querer mejorar la Biblia

Esta narración, pues, quería mostrar que el Dios de Israel no era despiadado y brutal, como los demás dioses. Afirmaba el respeto total a la vida y a la dignidad humana, que no se pueden violar ni siquiera en nombre de Dios. Y con ello pretendía desterrar la cruel costumbre de los sacrificios humanos.

Pero desgraciadamente muchos lectores desconocían esto. Y, fijándose sólo en la primera parte del relato, han deducido que Dios puede someter a los hombres a pruebas monstruosas y arbitrarias. Y, por supuesto, han extraído de allí la imagen de un Dios inhumano, terrible, cruel.

Un filósofo danés del siglo pasado, llamado Sören Kierkegaard, impresionado por la crudeza del episodio, pensó que para salvar la figura de Dios hubiera sido mejor contarlo de esta manera: *mientras ataba a su hijo para sacrificarlo, Abraham empezó a gritar fuera de sí: "Isaac, ¿crees que lo que estoy por hacer es voluntad de Dios? No, lo hago porque se me da la gana, y porque matarte me llena de placer". Entonces Isaac se estremeció hasta la médula de los huesos, y en medio de su angustia exclamó: "Dios del cielo, ten misericordia de mí. Dios de Abraham, ten piedad de mí. Sé tú mi padre, ya que no tengo padre en este mundo". Entonces Abraham suspiró en paz y dijo interiormente: "Señor Dios, te doy gracias, porque es mil veces mejor que mi hijo me crea un monstruo a mí, y no que pierda la fe en ti".*

Fe que hace daño

Pero en realidad no hacía falta modificarlo, porque la narración del sacrificio de Isaac nunca quiso enseñar que Dios somete a prueba a los hombres, sino sólo que rechazaba los sacrificios humanos. Por desgracia los lectores de la Biblia, al centrarse exclusivamente en los primeros versículos, han deducido la idea de las famosas "pruebas de Dios".

En realidad, Dios no puede nunca probar a los hombres. Porque tales pruebas no tendrían ningún sentido. En efecto, si él ya sabe que uno saldrá mal parado de ellas, ¿para qué las manda? Y si sabe que saldrá bien, ¿por qué las manda? En ambos casos serían absurdas.

No. Dios no puede probar jamás al hombre. No existen las pruebas de Dios. Quien nos pone a prueba constantemente es la vida, los amigos, los vecinos, los compañeros de trabajo, las circunstancias que nos rodean, las pasiones personales, las debilidades.

Dios, al contrario, busca sacarnos de esas pruebas, no ponernos en ellas. Demasiado difícil resulta ya la vida, como para que Dios la haga aún más difícil mandando pruebas. Él ama inmensamente al hombre, y lo que quiere es ayudarlo a salir airoso de todas las pruebas a las que se ve constantemente sometido por culpa de los pecados humanos.

La palabra autorizada

Esto es afirmado claramente en la Biblia. La carta de Santiago dice: *Nadie, cuando se vea probado, diga: "Es Dios quien me prueba". Porque Dios ni es probado por el mal, ni prueba a nadie. Cada uno es probado por sus propias pasiones, que lo atraen*

y seducen. Después éstas lo llevan al pecado, y el pecado lo conduce a la muerte (1, 13-15).

También el Apocalipsis afirma que Dios no prueba, sino que busca liberar al hombre de las pruebas: *Ya que has seguido mi consejo de ser paciente en el sufrimiento, yo te cuidaré en la hora de la prueba que va a venir sobre el mundo entero* (3, 10).

La segunda carta de Pedro afirma igualmente: *El Señor sabe librar de las pruebas a los que confían en él* (2, 9). Y la primera carta a los Corintios: *Dios es fiel, y no permitirá que ustedes sean probados por encima de sus fuerzas. Al contrario, cuando lleguen las pruebas, Dios les dará la fuerza para resistirlas con éxito* (10, 13).

Una idea para eliminar

Aunque el Antiguo Testamento a veces lo dice, nunca en el Nuevo Testamento se afirma que las pruebas que uno sufre vengan de Dios. Éstas son tan sólo parte inevitable de la vida humana.

Por lo tanto, los cristianos debemos eliminar de nuestra mente la idea de un Dios que pone a prueba a los hombres, que tienta y que manda pruebas; que pone tropiezos angustiosos; que provoca dificultades en la vida para ver qué hacemos; que tiene exigencias arbitrarias que nos provocan sufrimiento; que se complace en afirmar su grandeza a costa de nuestra felicidad.

Debemos eliminar de nuestra fe la imagen del Dios tremendo, el "Terror de Isaac", y convencernos de que únicamente existe el Dios "Abbá" (= papá) que predicó Jesús; que sufre con nosotros cuando la vida nos pone alguna prueba, y

que busca sólo nuestro bien, nuestra realización, nuestra felicidad.

Mucha gente tiene miedo de pedir a Dios: "Hágase tu voluntad". Porque piensa que en esa "voluntad" pueden entrar pruebas, y algunas muy dolorosas, como la pérdida de un hijo o de otro ser querido. Y todo por culpa de una mala interpretación del texto de Abraham.

Eso es erróneo. Pedirle a Dios que "se haga su voluntad" es pedirle que nunca tengamos problemas, ni contratiempos, ni sufrimientos. Porque jamás puede entrar en la voluntad de Dios algo que pueda hacer sufrir al hombre. Por eso nunca es una desgracia "encontrarse" con la voluntad de Dios.

Leer el texto del sacrificio de Isaac desde esta perspectiva, además de una gran muestra de respeto por la Biblia, sería haber descubierto al Dios amor, al Dios que quiere a los niños, al Dios de la vida. En una palabra, al Dios de Jesucristo.

Para reflexionar

1) ¿Qué imagen de Dios te surge espontáneamente luego de leer el capítulo 22 del Génesis?
2) ¿Alguna vez has pensado que Dios te puede pedir a ti lo mismo que a Abraham? ¿Qué sensación sentiste?
3) ¿Cuál fue, en realidad, la intención del autor bíblico cuando compuso el relato del sacrificio de Isaac? El saber esto ¿cambia en algo la imagen de Dios que tenías antes?

4) Cuando tienes problemas o dificultades en la vida, ¿sueles pensar que son "pruebas" de Dios?

5) ¿De dónde vienen las pruebas a las que te ves sometido en este momento? ¿En qué sentido Dios te puede ayudar?

6) La voluntad de Dios ¿puede incluir algún tipo de sufrimiento o dolor para el hombre? ¿Por qué?

Para continuar la lectura

MICHAUD, R., *Los Patriarcas*, Verbo Divino, Stella, 1983.

V ¿POR QUÉ ALGUNOS EVANGELIOS NO CUENTAN LA INFANCIA DE JESÚS?

Un vacío lamentable

Los cuatro evangelios que tenemos en la Biblia comienzan de manera diferente. San Mateo empieza con la infancia de Jesús. San Marcos, en cambio, con la vida ya adulta del Señor. San Lucas vuelve otra vez a presentar los relatos de la infancia. Y san Juan va más atrás todavía, cuando Jesús vivía en el cielo al lado de su Padre, antes de venir a la Tierra.

¿Por qué los evangelistas difieren en su manera de comenzar la historia de Jesús? ¿No todos conocían la vida completa del Maestro? ¿O creyeron que algunos episodios no merecían ser incluidos en sus evangelios?

Para contestar estas preguntas debemos tener en cuenta que la persona de Jesús no fue

entendida de golpe, sino gradualmente por los primeros cristianos. Y que pasaron muchos años antes de que comprendieran que ese Jesús que había vivido y caminado por Palestina junto a ellos, era el Hijo de Dios. Y esto influyó en la manera de empezar a escribir los cuatro evangelios.

El muerto que está vivo

Cuando los apóstoles se enteraron de la muerte y la resurrección de Jesús, salieron a predicar esta increíble noticia. Era algo tan extraordinario, tan maravilloso, tan inaudito, que se convirtió en el único mensaje que les importaba comunicar a la gente. De todas las formas posibles buscaban convencer a sus oyentes de este gran prodigio, nunca antes ocurrido, y que ahora Dios había hecho con Jesús.

Sí. Es cierto que ellos habían presenciado otras resurrecciones. La de Lázaro, por ejemplo. O la de la hija de Jairo. O la del hijo de una pobre viuda en el pueblo de Naím. Pero todas estas personas habían resucitado y vuelto a la Tierra. Y después tenían que morir otra vez. En cambio, esta era la primera vez que oían que alguien había resucitado para no morir nunca más; que había logrado vencer a la muerte para siempre. Era una noticia extraordinaria, muy buena. Por eso la llamaron *evangelio* (que en griego significa "la buena noticia").

Y esto los llevó a pensar en una idea nueva sobre Jesús: que al resucitar, Dios lo había convertido en su Mesías, y por lo tanto, en Hijo suyo. Es decir, Jesús había pasado a ser nada menos que Hijo de Dios gracias a su muerte y resurrección.

Por ello, lo único que predicaron los cristianos, durante la primera etapa de la vida de la Iglesia, fue que Jesús había muerto y resucitado, y que así se había convertido en Hijo de Dios.

¿Hijo de Dios desde cuándo?

Esto se lee en las cartas de san Pablo, que son los escritos más antiguos del Nuevo Testamento, y en los Hechos de los Apóstoles, que contiene el eco de aquellas antiguas prédicas.

Por ejemplo, en el sermón que pronunció Pedro el día de Pentecostés le decía a la multitud reunida: *Dios ha resucitado a Jesús. Por lo tanto, sepan con certeza que Dios lo ha convertido en Señor y Mesías a este Jesús a quien ustedes han crucificado* (Hch 2, 32. 36).

Y ante las autoridades judías, a donde fueron llevados los apóstoles por anunciar el Evangelio, Pedro explica: *Dios ha resucitado a Jesús, y lo ha exaltado con su poder para convertirlo en Guía y Salvador* (Hch 5, 30-31).

A san Pablo se lo ve decirles a los judíos que, cuando Dios resucitó a Jesús, se cumplió una profecía que decía: *Hijo mío eres tú, pues yo te engendré hoy* (Hch 13, 33).

También en sus cartas Pablo repite lo mismo. A los romanos les escribía: *Su Hijo nació de la familia de David humanamente hablando; pero fue hecho Hijo de Dios por el Espíritu Santo gracias a su resurrección* (1, 3-4). Y a los filipenses: *Jesús se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz. Por eso Dios lo elevó sobre todo y le concedió un título (el de Señor), que está por encima de todos* (2, 8-9).

El nacimiento de la pasión

Los primeros cristianos, pues, predicaban que, recién en la resurrección, Jesús pudo alcanzar la gloria de Hijo de Dios que no tuvo durante su vida. Por eso su actividad y su ministerio en la Tierra habían sido tan humildes: porque Dios le

reservaba sólo para después de su muerte un lugar glorioso y un título divino.

Por lo tanto, cuando los cristianos quisieron poner por escrito algo de la vida de Jesús, lo único que les pareció importante escribir fueron los detalles de su muerte y su resurrección.

Así, nacieron los relatos de la pasión del Señor: el prendimiento, la flagelación, las humillaciones de los soldados, las negaciones de su amigo Pedro, la coronación de espinas, el juicio ante el gobernador Pilato, la crucifixión, las burlas de la gente, las horas de terrible agonía, su muerte como un delincuente, y finalmente la triunfante resurrección.

De los evangelios, pues, lo primero que se escribió fue lo último; es decir, la sección conocida con el nombre de los "Relatos de la pasión".

Saber más sobre el Maestro

Pero, a medida que pasaban los años, la Iglesia entró en una segunda etapa. Los que se habían convertido al cristianismo ya no se contentaban con saber cómo había muerto y resucitado Jesús. En la catequesis, buscaban conocer un poco más sobre su persona: qué había hecho, de qué había hablado, en dónde había vivido, cómo fue su vida.

Entonces empezaron a redactarse algunas colecciones de sus frases más famosas, sus dichos más recordados, sus parábolas, sus milagros más espectaculares. Y en forma de hojitas sueltas eran empleadas para las lecciones de aquellos cristianos que pretendían profundizar un poco más en la doctrina del Maestro.

Con esta información a mano, los cristianos fueron creciendo en sus reflexiones, siempre con la ayuda del Espíritu

Santo, y comprendiendo mejor el misterio de la persona de Jesús. Y descubrieron que, en realidad, él era el Mesías y el Hijo de Dios no a partir de la resurrección, sino desde antes: desde su vida pública. Que Dios lo había nombrado su Hijo cuando Jesús salió a predicar. La resurrección no hizo más que manifestar públicamente lo que ya sucedía en Jesús desde que había sido bautizado por Juan.

Un Hijo en secreto

Este material de parábolas, dichos y milagros, se volvió tan importante como el de la pasión. Y entonces un escritor, a quien llamamos Marcos, decidió juntarlo y añadirlo a esos relatos de la pasión que ya existían, y así nació el primer Evangelio.

Esta obra tenía que expresar su nuevo enfoque: que Jesús era Hijo de Dios desde el momento de su bautismo. Por eso Marcos empieza su evangelio diciendo que cuando Jesús se bautizó una voz del cielo dijo: *Tú eres mi Hijo amado* (Mc 1, 9-11). De esta forma quedaba claro a los lectores, que Dios lo reconocía a Jesús como su Hijo ya en ese momento.

Pero, según Marcos, los discípulos jamás se dieron cuenta de esto, ni tampoco las demás personas. Y él no se preocupó de revelarlo abiertamente a nadie, porque no habrían sido capaces de entenderlo.

Por eso, si bien el evangelio de Marcos afirma que Jesús es Hijo de Dios desde el día en que Juan lo bautizó, nunca aparece nadie reconociéndolo ni llamándolo así durante su vida. Sólo después de su muerte, un ser humano descubre, por primera vez, el secreto: el centurión romano que estaba al pie de la cruz, al verlo morir exclama: *Verdaderamente éste era Hijo de Dios* (Mc 15, 39). Y nadie más.

Descubierto en la tormenta

Unos años más tarde, la reflexión de la Iglesia entró en una tercera etapa. Los cristianos comenzaron a enseñar, iluminados siempre por el Espíritu Santo, que Jesús no había sido Hijo de Dios en secreto. Que su filiación divina era, en realidad, conocida por sus discípulos, y que éstos habían llegado a confesar públicamente este dato de Jesús.

Justo en esta época aparecieron unos evangelios nuevos: los de Mateo y Lucas. Y estos autores, al escribir sus obras, incorporaron la nueva idea que habían descubierto. Por eso en estos evangelios Jesús es declarado Hijo de Dios en público.

Por ejemplo, después de que Jesús camina sobre las aguas dice Mateo que todos los discípulos arrodillados le dicen: *Verdaderamente tú eres Hijo de Dios* (Mt 14, 33). Y cuando Jesús pregunta a sus discípulos qué opinan de él, Pedro le contesta: *Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo* (Mt 16, 16). Y cuando muere Jesús, en vez de decir, como Marcos, que sólo el centurión romano lo reconoce, dice que todos los guardias que estaban con él, confiesan a coro *Verdaderamente éste era Hijo de Dios* (Mt 27, 54).

Lucas va más allá todavía, y dice que Jesús mismo se encargó de revelar a sus discípulos que él era el Hijo de Dios al decirles: *Mi Padre me ha entregado todas las cosas. Nadie sabe quién es el Hijo sino el Padre; y nadie sabe quién es el Padre sino el Hijo, y aquellos a quienes el Hijo quiera contárselo* (Lc 10, 22).

Infancia interesante

Pero cuando Mateo y Lucas estaban concluyendo sus respectivos evangelios, que empezaban al igual que Marcos con

la escena del bautismo de Jesús, conocieron un nuevo material aparecido en los últimos tiempos en sus comunidades. ¿Qué material era? Nada menos que los relatos de la infancia del Señor.

¿Cómo habían surgido estos relatos? Forman parte de una cuarta etapa de reflexión de la Iglesia. Los cristianos, que amaban y seguían fervientemente a Jesús, querían saber más todavía sobre su vida: quiénes fueron sus antepasados, en dónde había nacido, dónde se había criado. Y en esta búsqueda de información, hicieron un nuevo descubrimiento: que Dios había hecho a Jesús Hijo suyo no en el momento del bautismo, sino más atrás todavía: en el momento mismo de su concepción. Cuando su madre, la Virgen María, lo engendró, ya era el Hijo de Dios.

Al aceptarse esta nueva idea, los relatos de la niñez de Jesús también pasaron a ser importantes para los cristianos, y hubo que ponerlos por escrito. Nacieron, así, los relatos de la infancia, en los que se reconoce expresamente a Jesús como Hijo de Dios.

Por ejemplo, se cuenta que, al poco tiempo de nacer el niño Jesús, su familia tuvo que huir a Egipto, para que se cumpliera la profecía que anunciaba: *De Egipto llamé a mi Hijo* (Mt 2, 15). Y cuando en la anunciación el ángel le comunicó a María su embarazo divino, le dijo dos veces que el niño que iba a nacer sería llamado Hijo de Dios (Lc 1, 32. 35).

Allá arriba, y desde siempre

Fueron pasando los años, y cerca ya del final del primer siglo la Iglesia entró en la quinta y última etapa de su reflexión sobre este tema. Los cristianos, remontándose más atrás aún

del nacimiento de Jesús, llegaron a una nueva conclusión: que Jesús como persona era Hijo de Dios mucho antes de nacer. Mejor dicho, que desde siempre había sido Hijo de Dios. Que nunca había "empezado" a ser Hijo de Dios porque existió como tal desde toda la eternidad. La persona de Jesús no comenzó a existir cuando María quedó embarazada, sino que "preexistía" desde antes de la creación del mundo, en el cielo, junto a Dios.

En esta época, escribió su evangelio Juan. Y a él también se le había ocurrido empezar, igual que los otros tres, desde el bautismo de Jesús. Pero luego se dio cuenta de que quedaría más completo si agregaba esta nueva doctrina. Y por eso, en vez de agregarle los relatos de la infancia como Mateo y Lucas, se fue más atrás todavía, y añadió como prólogo de su evangelio un hermoso himno que cantaban los cristianos en sus reuniones litúrgicas, y que empezaba precisamente así: *En el principio ya existía la Palabra; y la Palabra estaba con Dios; y la Palabra era Dios* (Jn 1, 1).

Un libro al revés

Hoy, cuando leemos los evangelios, empezamos por la infancia de Jesús, seguimos con su vida pública y terminamos con su muerte y resurrección. Sin embargo, fueron escritos al revés. Primero se compuso la muerte y resurrección de Jesús, luego su vida pública, y finalmente su infancia.

El motivo de esta tarea inversa fue la comprensión gradual de Jesús como Hijo de Dios.

En efecto, en un primer periodo, la resurrección de Jesús fue el único dato de su vida digno de mencionarse, el único "evangelio". Esto explica por qué las cartas de Pablo y los

Hechos de los Apóstoles nunca cuentan ningún hecho histórico de la vida de Jesús, fuera de su muerte y resurrección. Los episodios anteriores no tenían mayor valor ni merecían ser contados, pues se pensaba que él todavía no era Hijo de Dios.

Pero cuando los cristianos reflexionaron más tarde sobre la identidad de Jesús, y entendieron que era Hijo de Dios ya durante su ministerio, no hubo dificultad en recopilar toda la información sobre su vida pública, sus dichos y sus milagros. Entonces la vida pública de Jesús cobró también importancia, entró en la categoría de "evangelio", y fue incluida en la obra que compuso Marcos.

Costó trabajo, pero se aclaró

Tiempo después, la cristología siguió progresando. Se comprendió que Jesús era Hijo de Dios desde su misma concepción, y así los relatos de la infancia también pasaron a ser importantes y pudieron ser añadidos como "evangelios" en los escritos posteriores de Mateo y Lucas.

Finalmente, con la iluminación del Espíritu Santo, se supo de la preexistencia de Jesús como Hijo de Dios, desde antes de su nacimiento. Y entonces el cuarto Evangelio incluyó la novedad, en el himno de su prólogo.

Los primeros cristianos no entendieron de golpe quién era en realidad Jesús. Lo fueron descubriendo de a poco, con esfuerzo, reflexión y oración. La persona de Jesús era tan misteriosa, tan inconcebible, tan fuera de toda lógica, que llevó muchos años convencerse de que ese Jesús que había comido con ellos, caminado por sus plazas, entrado y dormido en sus casas, a quien habían visto y tocado, era nada menos que Dios en persona que los había visitado en la Tierra.

Hoy también nos cuesta creer que Jesús siga vivo entre nosotros. Que continúe paseando en medio de nuestras calles y asista a nuestras reuniones. Porque la persona de Jesús, en parte, sigue siendo desconocida para muchos creyentes. Por eso debemos hacer el mismo esfuerzo de aquellos primeros cristianos, y, poco a poco, entender quién es este Jesús que pasó por la Tierra y que continúa aún vivo de una manera misteriosa. Sólo así, gradualmente, como los evangelistas, podremos saber qué quiere de nosotros hoy, ahora, que lo estamos conociendo mejor.

Para reflexionar

1) ¿En qué hecho de la vida de Jesús se centró la predicación de las primeras comunidades?
2) ¿Por qué Marcos comienza su evangelio con el bautismo de Jesús?
3) ¿Por qué Mateo y Lucas incluyen la infancia de Jesús?
4) ¿Por qué Juan comienza su Evangelio con la preexistencia de Jesús?
5) Nosotros ¿qué podemos hacer para conocer más a Jesús?

Para continuar la lectura

BROWN, R., *El nacimiento del Mesías*, Madrid, 1982.

VI ¿CUÁNDO CONOCIÓ PEDRO A JESÚS?

El hombre que se convirtió en roca

El apóstol más conocido de Jesús es ciertamente Pedro. Sin embargo, los evangelios cuentan muy poco de él, y lo poco que cuentan a veces resulta contradictorio.

Sabemos que había nacido en Betsaida Julia (Jn 1, 44), pueblito ubicado tres kilómetros al norte del lago de Galilea. Siendo ya adulto se trasladó con su familia a Cafarnaún (Mc 1, 29) para dedicarse a la pesca con su hermano Andrés (Mc 1, 16). Estaba casado, y su suegra vivía en la casa de él (Mc 1, 30). El lazo familiar que lo unía a su mujer era tan fuerte, que aunque abandonó momentáneamente su hogar para seguir a Jesús, cuando se convirtió en misionero lo hizo acompañado por su esposa (1 Cor 9, 5). Parece haber tenido cierto interés por las cuestiones religiosas, porque con

su hermano Andrés solía frecuentar los grupos de reflexión presididos por Juan el Bautista (Jn 1, 35-42).

Cuando queremos saber el nombre de su padre, comienzan ya las discrepancias. Según Mateo se llamaba Jonás (16, 17), y según Juan se llamaba Juan (1, 42).

Pero las discordancias aparecen sobre todo en un hecho tan importante como es el de su vocación. En los evangelios tenemos tres versiones diferentes.

Un seguimiento increíble

Marcos cuenta que un día *Jesús iba caminando por la orilla del lago de Galilea, cuando vio a Simón y a su hermano Andrés echando las redes en el mar, pues eran pescadores. Les dijo:*

—Síganme, y los haré pescadores de hombres.

Ellos de inmediato dejaron sus redes y se fueron con él (1, 16-18).

Así como está, la narración resulta insólita. Es la primera vez que Pedro ve a Jesús. No sabe quién es. No lo escuchó predicar, ni lo vio hacer ningún milagro, ni sabe para qué lo llama. ¿Cómo va a ir tras él? ¿Puede un hombre adulto, con familia, casa y trabajo, abandonarlo todo repentinamente y seguir a un desconocido transeúnte que aquel día pasaba junto al lago, sin preguntar quién es él ni qué intenciones tiene? Es algo psicológicamente increíble.

Pero a Marcos no le interesaban estos planteamientos, ni la incoherencia del relato. Su propósito, al contar de esa manera la vocación de Pedro, era mostrar la prontitud que hay que tener ante el llamado de Jesús, y la disponibilidad de dejarlo todo cuando se está frente a él. Quiso enseñar que el

apóstol sigue al Señor no por sus hermosas teorías, ni por sus bellas ideas teológicas, sino por él mismo. Como el que ama sin razón alguna. Jesús mismo debe ser el centro de nuestra atención, más allá de lo que pida, exija o disponga de nosotros.

Cuando Mateo compuso su Evangelio puso el mismo relato de Marcos.

Un viejo conocido

Pero Lucas, al escribir el suyo, no quiso incluir esta narración. ¿Cómo iban a creer sus lectores que fue así la vocación de Pedro? Y para que el relato tuviera realismo, hizo en su Evangelio dos cambios: a) no puso el llamado al principio, sino más adelante; y b) ubicó en un contexto más adecuado la invitación de Jesús.

Así, Lucas dice que Jesús antes de llamar a Pedro hacía tiempo que predicaba, y que era muy conocido en Galilea (4, 14). Que Pedro había tenido la oportunidad de escucharlo, y de presenciar muchos de sus milagros en Cafarnaún (4, 23. 31-37). Incluso había estado de visita en su propia casa, y curado asombrosamente a su suegra (4, 38-39). Por lo tanto, cuando Jesús lo llamó (5, 1-11), el pescador de Galilea ya lo conocía muy bien.

Hizo falta una pesca

Y la escena del llamado la cuenta así: *Jesús subió a una de las barcas, que era de Simón, y se puso a enseñar a la multitud. Después de predicar le dijo a Simón:*

—Navega mar adentro y echen allí las redes para pescar.

Pero Simón le contestó:

—Maestro, hemos estado intentando pescar toda la noche, y no hemos sacado nada. Pero porque tú lo dices, echaré las redes.

Así lo hicieron, y pescaron tal cantidad de peces que las redes estaban a punto de romperse. Entonces hicieron señas a sus compañeros de la otra barca para que fueran a ayudarlos. Ellos fueron, y llenaron tanto las dos barcas que casi se hundieron. Al ver esto, Simón Pedro cayó a los pies de Jesús y le dijo:

—¡Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador!

Es que él y todos los demás estaban asombrados por los peces que habían sacado. Y también lo estaban Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Pero Jesús le dijo a Simón:

—No temas, desde ahora serás pescador de hombres.

Entonces llevaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, siguieron a Jesús (Lc 5, 3-11).

Una versión corregida

Esta segunda versión de la vocación de Pedro, más lógica y coherente, tiene cuatro importantes diferencias con la de Marcos.

Primero, Pedro conocía ya desde hacía tiempo a Jesús. Había escuchado sus enseñanzas y presenciado sus milagros.

Segundo, el día del llamado, Jesús no era un mero transeúnte que pasaba junto al lago de Galilea (como en Marcos), sino que estaba enseñando a la gente como Maestro prestigioso, y subido precisamente en la barca de Pedro.

Tercero, Jesús lo conquistó impresionándolo con una pesca milagrosa, es decir, en el mismo terreno en el cual Pedro era experto.

Finalmente, no lo llamó para un futuro vago e impreciso como en Marcos (*los haré pescadores de hombres*), sino que lo asoció inmediatamente a su actividad misionera (*desde ahora serás*), con lo cual se aclara por qué Pedro lo deja todo en aquel momento.

Con estos cuatro cambios Lucas logró crear un marco psicológico más adecuado para la vocación de Simón Pedro. Y de paso dejó una nueva enseñanza: que a veces uno cree que lo sabe todo, que es experto en los temas de su propia vida (como Pedro, sobre pesca), pero que, sin embargo, Jesús tiene mucho que enseñarnos, por lo que conviene hacernos discípulos suyos. Y aun cuando nos sintamos pecadores, como Pedro, que avergonzado le dijo "aléjate", Jesús no vino a alejar a nadie de Dios, ni de la Iglesia, ni de la comunidad, sino a aceptar a todos.

Se lo presentó su hermano

San Juan, por último, nos ofrece una tercera versión completamente distinta. El hecho no sucedió a orillas del lago de Galilea, como en los demás evangelios, sino en Betania, al sur del país, a orillas del río Jordán. Y no fue Jesús quien salió al encuentro de los hermanos pescadores, sino que Andrés, hermano de Pedro y discípulo de Juan el Bautista, vio un día a Jesús cuando se hacía bautizar, y entonces con otro discípulo anónimo fue a pedirle que les permitiera seguirlo. Jesús accedió, y se quedaron todo ese día acompañándolo y escuchando su palabra (Jn 1, 35-39). Al día siguiente, fue la vocación de Pedro:

Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían seguido a Jesús. Al amanecer se encontró con su hermano Simón y le dijo:

—Hemos encontrado al Mesías (que significa "Ungido").

Y lo llevó hasta donde estaba Jesús. Cuando Jesús lo vio, le dijo:

—Tú eres Simón, hijo de Juan. Pero te llamarás Cefas (que significa "piedra")" (Jn 1, 40-42). Y desde ese día Pedro se convirtió en discípulo del Señor.

Un sucesor para el ahorcado

Juan cuenta de esta manera la vocación de Pedro (y a continuación la de Felipe y Natanael), porque así los discípulos pueden ir aplicándole a Jesús todos los títulos que conocen. En efecto, en esta breve escena lo llaman Maestro (v. 38), Mesías (v. 41), el anunciado por Moisés y los Profetas (v. 45), el Hijo de José (v. 45), el Hijo de Dios (v. 49), el Rey de Israel (v. 49), el Hijo del Hombre (v. 51).

Es evidente que los discípulos no pudieron saber todo esto y tener una visión tan profunda de Jesús a los pocos días de conocerlo. Pero contado así, nos deja otra enseñanza: el discípulo debe ir profundizando todos los días en el conocimiento de aquel a quien sigue. El que no lo conoce cada día un poco más, no es verdadero discípulo.

Aunque las tres versiones están adaptadas para transmitir un mensaje, ¿es posible saber cuál de ellas se acerca más a la realidad? Hoy los estudiosos sostienen que la de Juan. Porque la de Marcos parece imposible, y la de Lucas no es más que un intento de mejorar la versión imposible de Marcos.

Además, por un segundo motivo. Los Hechos de los Apóstoles dicen que, al morir Judas, Pedro buscó elegir un reemplazante con las siguientes condiciones: *que nos haya acompañado mientras vivía el Señor Jesús con nosotros, desde los tiempos en que Juan bautizaba* (Hech 1, 21-22). Esto confirma que los discípulos se habían unido realmente a Jesús en la época de su bautismo, como lo cuenta Juan.

De Simón a Pedro

Otro enigma de la vida de Pedro es su cambio de nombre. Sabemos que se llamaba Simón, y que Jesús le puso Pedro (o Cefas, en arameo). Pero ¿cuándo sucedió esto? También en los evangelios hay tres versiones.

Según Juan, como ya vimos, fue en el primer encuentro que tuvieron, cuando Andrés lo llevó ante Jesús (1, 42). Porque en ese momento Simón comenzaba una nueva etapa en su vida, y necesitaba un nombre nuevo.

En cambio, para Marcos fue más adelante, al ser elegido miembro de los Doce: *Eligió a Doce para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar y expulsar demonios. Instituyó a los Doce, y puso a Simón el nombre de Pedro* (Mc 3, 14-16; Lc 6, 14). Porque para Marcos, Simón adquiere su nuevo rol como integrante de los Doce.

Finalmente Mateo es el que cuenta la versión más conocida. En cierta oportunidad, Jesús preguntó a los apóstoles qué opinaban de él, y Simón contestó que era el Mesías. Entonces, Jesús lo felicitó por su respuesta, y agregó: *Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (Mt 16, 13-20). Así, según Mateo, el nuevo rol de Pedro comienza cuando Jesús lo elige como fundamento y pilar de su nueva Iglesia.

Muy frágil para ser piedra

¿Es posible también aquí saber cuál de las tres tradiciones es la histórica? Resulta difícil. Incluso algunos descalifican las tres versiones, y piensan que no fue Jesús quien le puso a Simón el nombre de Pedro, sino los primeros cristianos, cuando después de la resurrección del Señor, Pedro se convirtió en el principal dirigente de las comunidades, y por lo tanto en la piedra sobre la que ellos se apoyaban.

Pero es inexplicable que los primeros cristianos, conociendo lo débil y cobarde que Pedro había sido durante la pasión y muerte de Jesús, y las tres veces que lo había negado, le hayan puesto precisamente el nombre de "piedra", "roca". Sólo se entiende que lo llamaran así, si este nombre provenía del mismo Jesús.

Además, los cuatro evangelios afirman, aunque con versiones diferentes, que fue Jesús quien personalmente le puso el nombre de Pedro. Si se lo hubieran puesto los primeros cristianos, resultaría difícil explicar la unanimidad de la tradición.

Por eso la mayoría de los biblistas sostiene que el nombre de "Pedro" (o Cefas) le fue dado a Simón directamente por Jesús en algún momento de su vida, aunque no sepamos cuándo.

El jefe indiscutido

Los evangelistas, pues, no buscaron ofrecernos datos históricos sobre la vida de Simón Pedro, sino que, con la información que tenían, nos transmitieron un mensaje, inspirados por el Espíritu Santo.

Pero hay algo en lo que todos coinciden, no obstante las diferencias de enfoque: el lugar destacado que Pedro ocupó

dentro del grupo de los apóstoles. En efecto, aparece en todos los evangelios como el vocero y el representante de los demás.

Así, es él quien pregunta el significado de las parábolas difíciles (Mt 15, 15; Lc 12, 41). El que quiere saber cuántas veces hay que perdonar (Mt 18, 21). El que averigua sobre la recompensa que les dará Jesús por haberlo seguido (Mt 19, 27). El que pide explicaciones sobre la higuera que se había secado milagrosamente (Mc 11, 21). El que pregunta sobre los detalles del fin del mundo (Mc 13, 3).

Es el apóstol Pedro el que responde cuando Jesús pregunta quién lo ha tocado entre la multitud (Lc 8, 45). El que confiesa que Jesús es el Mesías (Mc 8, 29). El que promete al Señor que los Doce no lo abandonarán (Jn 6, 68). El que hace el audaz pedido de caminar sobre las aguas una noche de tormenta (Mt 14, 28). El que asegura estar dispuesto a ir con Jesús a la cárcel y a la muerte (Lc 22, 33). El que, camino a Getsemaní, exclama: *Aunque todos se escandalicen de ti, yo no* (Mc 14, 29).

Esto demuestra la indudable jerarquía de la que Pedro gozaba durante la vida de Jesús.

La muerte cabeza abajo

La última vez que el Nuevo Testamento habla de Pedro es durante el Concilio de Jerusalén, en el cual el Príncipe de los apóstoles propuso liberar a los cristianos de la práctica de la Ley de Moisés, con lo cual el cristianismo se independizó definitivamente del judaísmo (Hch 15, 7-11). Después desaparece, y ya no volvemos a tener información sobre él.

¿Qué fue de la vida de aquel pescador galileo, convocado personalmente por Jesús para el proyecto más fantástico de la historia, que tuvo el privilegio de verlo, tocarlo, estar a so-

las con él, escuchar las enseñanzas de su propia boca? Numerosas leyendas posteriores trataron de explicarlo.

Según éstas, luego del Concilio de Jerusalén, Pedro se trasladó a Roma. Allí convirtió con su predicación a las cuatro concubinas del prefecto romano Agripa, las cuales abandonaron su modo de vida y siguieron a Jesús. También convirtió a Xantipa, la favorita del Emperador, quien decidió vivir desde entonces en castidad perpetua. Enfurecidos ambos gobernantes resolvieron acabar con Pedro, por lo tanto, el apóstol debió escapar de la ciudad. Pero cuando estaba huyendo, Jesús se le apareció por el camino. Pedro le preguntó: *Señor, ¿a dónde vas?*. Y él le contestó: *Voy a Roma a ser crucificado de nuevo*. Entonces, comprendió que Jesús decía tales palabras al ver que su discípulo principal huía cobardemente, y decidió regresar y morir con valentía.

La mujer de Pedro había sido también apresada, y fue crucificada delante de él, mientras lo obligaban a mirar la escena. Pero Pedro la animaba diciéndole: *Acuérdate del Señor, acuérdate del Señor*. Fue tal la fe que él demostraba, que el carcelero terminó convirtiéndose al cristianismo. Y cuando llegó el momento de la crucifixión de Pedro, pidió que lo colocaran cabeza abajo, porque no era digno de morir de la misma manera que su Señor.

Un largo conocimiento

Ignoramos cuándo conoció Pedro a Jesús (como ignoramos otros detalles de su vida). Pero, si bien existió ese día, sabemos que a Pedro le llevó toda una vida conocer al Señor. Con enojos, malentendidos, negaciones, caídas, infidelidades. Pero el pescador galileo no se amedrentó, y lo siguió hasta el final. Sabía que se embarcaba en una aventura sin retorno, sin añorar lo que dejaba, sin mirar atrás.

Y amó a Jesús con tanta devoción, que terminó dando la vida por él de la manera más cruel.

Pues cuando uno descubre un ideal que vale la pena, todas las demás cosas de su vida pasan a ser secundarias. Tan secundarias que hasta se es capaz de morir dolorosamente por él. Incluso cabeza abajo. Como lo hizo aquel rudo pescador galileo luego de haber descubierto a Jesús, y comprender que ya no había en su vida nada más grande por qué vivir.

Para reflexionar

1) ¿Qué versión da Marcos sobre el encuentro entre Pedro y Jesús? ¿Por qué lo cuenta así?
2) ¿Cuál es la versión de Lucas sobre este encuentro? ¿Qué cambio introdujo en su relato? ¿Por qué?
3) ¿Cuál es la versión de Juan sobre este encuentro? ¿Qué cambio introdujo en su relato? ¿Por qué?
4) ¿Cuántas versiones tenemos sobre el cambio del nombre de Jesús a Simón? ¿Por qué son distintas?
5) ¿Cómo fue la muerte de Pedro? ¿De dónde sacamos la información?
6) ¿Por qué cosas seríamos nosotros capaces de dar la vida, como lo hizo Pedro?

Para continuar la lectura

Lona, H., "De Simón, hijo de Juan, a Pedro, obispo de Roma", en: *Proyecto* 26 (1997), pp. 11-43.

Brown, R., *El evangelio según Juan*, vol. I-II, Cristiandad.

VII ¿CÓMO HACÍA JESÚS SUS MILAGROS?

Un catálogo variado

Que Jesús hacía milagros nadie lo duda. Incluso ellos ocupan un lugar importante a lo largo de su vida pública. El problema es: ¿en qué consistían los milagros de Jesús?

Los evangelistas relatan diversos tipos de milagros. Algunos verdaderamente espectaculares, como la resurrección de Lázaro después de haber estado cuatro días muerto. Otros, más curiosos, como el hacer aparecer una moneda en la boca de un pez, o pegarle la oreja cortada a un soldado. O más enigmáticos, como maldecir una higuera porque no tenía frutos y secarla instantáneamente.

Son treinta y cino los milagros realizados por Jesús que aparecen descritos en los evangelios, y pueden clasificarse en tres categorías: milagros sobre las personas, milagros sobre la naturaleza, y resurrecciones.

Se llaman "milagros sobre las personas" a las sanaciones que Jesús obraba sobre los enfermos. Como la curación de los diez leprosos (Lc 17, 11-19), o de la mujer encorvada (Lc 13, 11-13), o del endemoniado de los cementerios (Mc 5, 1-15). Son en total veintitrés.

Los "milagros sobre la naturaleza", como su nombre lo indica, son los prodigios que Jesús realizó sobre los distintos elementos naturales. En los evangelios hay nueve, y son: la conversión del agua en vino (Jn 2, 1-11), la tempestad calmada (Mt 8, 23-27), Jesús caminando sobre las aguas (Mt 14, 25), la multiplicación de cinco panes y dos pescados para alimentar a cinco mil hombres (Mc 6, 35-44), la multiplicación de siete panes y unos pescaditos para cuatro mil personas (Mc 8, 1-9), la primera pesca milagrosa (Lc 5, 1-11), la moneda en la boca de un pez (Mt 17, 24-27), la higuera seca (Mc 11, 12-14) y la segunda pesca milagrosa (Jn 21, 1-11).

Finalmente tenemos tres resurrecciones hechas por Jesús: a la hija de Jairo (Mt 9, 18-19.23-26), al hijo de la viuda de Naím (Lc 7, 11-15) y a Lázaro (Jn 11, 1-44).

La opinión de los científicos

Desde antiguo se intentó dar una definición de los milagros. Y el hecho de que éstos interrumpan el curso natural de los acontecimientos (así, el agua debe seguir siendo agua, no cambiarse en vino; un muerto debe seguir muerto, no abrir los ojos y levantarse) ha llevado a muchos teólogos a formular una definición que hoy es casi oficial del milagro: sería "todo hecho en el que se suspenden las leyes de la naturaleza".

Esto quiere decir que cuando se está ante un fenómeno extraordinario, como, por ejemplo, la curación de una enfer-

medad, se debe analizar el hecho según todas las posibilidades científicas y técnicas que existen. Y si, después de un exhaustivo estudio, se concluye que tal sanación es inexplicable y que va contra todas las leyes de la naturaleza, estamos entonces ante la presencia de un milagro. Porque las leyes de la naturaleza, que deberían haberse comportado de cierta manera, aparecen "suspendidas", "interrumpidas" por una fuerza superior, en este caso Dios, que produjo el milagro.

Milagros que ya no son

Pero esta definición de milagro ofrece muchos problemas.

En primer lugar, porque en la época de Jesús no se sabía que existían ciertas "leyes" en la naturaleza. Y por lo tanto los apóstoles no podían saber si Jesús, cuando por ejemplo hacía levantar a un paralítico de su camilla (Mc 2, 1-12) o curaba a un sordomudo poniéndole saliva en la lengua (Mc 7, 31-37), estaba transgrediendo tales leyes naturales. Simplemente se maravillaban.

En segundo lugar, porque ni siquiera hoy se dominan todas las leyes de la naturaleza. A menudo, se descubren otras nuevas, que modifican, corrigen o completan los conocimientos que teníamos, y hacen que lo que antes resultaba inexplicable y antinatural, hoy tenga explicación.

Así, por ejemplo, mientras antiguamente se consideraba un "milagro" (es decir, una interrupción de las leyes naturales) el hecho de que ciertos santos se elevaran en el aire mientras celebraban misa, tuvieran impresas las llagas de la pasión de Cristo, emitieran luz, o permanecieran incorruptos durante siglos después de muertos, hoy estos fenómenos pueden ser explicados por causas naturales gracias al avance de los conocimientos científicos.

Por lo tanto, frente a un hecho incomprensible nadie puede afirmar, con certeza absoluta, que todas las leyes naturales posibles quedaron interrumpidas. A lo sumo, las conocidas hasta el presente.

¿Un Dios transgresor?

En tercer lugar, si el milagro fuera la suspensión de las leyes de la naturaleza, ¿para qué querría Dios violar las mismas leyes que él puso? ¿Para mejorarlas? Eso significaría que están mal hechas y que él las podría haber creado mejor. ¿Para demostrar de manera evidente su poder? Si con el milagro se pudiera "demostrar" la existencia de Dios, entonces la fe desaparecería, y Dios pasaría a ser una certeza conocida científicamente. Si con el milagro se pudiera "probar" positivamente a Dios, entonces todo el mundo estaría obligado a creer en él (como creemos en la existencia del Presidente de los Estados Unidos, o del Papa, gracias a las señales que nos llegan por los medios de comunicación), y no existirían los ateos.

Pero lo cierto es que ningún acontecimiento, por maravilloso e inexplicable que sea, puede hacer "evidente" la existencia de Dios. En él se cree por fe, es decir, sin "ver" nada.

Por lo tanto, la definición del milagro como "aquello que no tiene explicación por las leyes de la naturaleza" hoy resulta inadmisible.

¿Cómo definirlo entonces? Para saberlo, debemos volver a los evangelios mismos y ver qué dicen.

Las dos caras del milagro

Para los hombres del tiempo de Jesús, un milagro era un hecho asombroso, sorprendente, que dejaba a todos maravi-

llados, pero frente al cual no se preguntaban si tenía explicación o no. Les bastaba que fuera poco frecuente, para que su fe les dijera que se trataba de un "signo" de la presencia de Dios.

O sea que el milagro en el Evangelio tiene dos facetas: a) el hecho fuera de lo común, extraordinario (que todos podían ver); y b) el descubrir en él un sentido religioso (que lo hacían sólo los creyentes).

Por lo tanto, los evangelistas no se preguntaban nunca si lo que Jesús hacía era naturalmente posible o imposible. Les bastaba que fuera algo poco frecuente, y que con la fe creyeran que allí estaba actuando Dios, para que a eso lo llamaran "milagro".

Ya en el Antiguo Testamento vemos cómo el libro del Éxodo, al contar la huida de los hebreos de Egipto, dice que las aguas del mar se abrieron porque Moisés extendió su mano sobre ellas. Pero luego el mismo libro agrega que fue porque un viento fuerte del este sopló durante toda la noche y secó el mar (14, 21).

¿Por qué, entonces, se abrieron las aguas del mar? ¿Por una fuerza inexplicable de Dios, o por un fuerte viento que hubo ese día? Para los israelitas era lo mismo. Un fuerte viento había soplado esa noche, y la fe de ellos les hizo ver que Dios estaba allí presente. Había, pues, un milagro. Porque: a) no era esperable que soplara un fuerte viento justo ese día; y b) los israelitas sintieron la presencia de Dios en ese acontecimiento.

La misma palabra "milagro" viene del latín *mirari*, que significa "admirarse". La condición, pues, para que haya milagro, es que se trate de un hecho ante el cual la gente se admire, sin importar si tiene explicación o no.

La suegra y el centurión

Si nos ponemos ahora a analizar los milagros de Jesús llegamos a la misma conclusión. No hay duda de que realizaba hechos asombrosos, esperados sólo de alguien con esa extraordinaria irradiación personal. Pero de ahí a pensar que tales hechos necesariamente suspendían las leyes de la naturaleza es ir más allá de las enseñanzas del Evangelio.

Que, por ejemplo, Jesús tomara de la mano a la suegra de Pedro y la curara (Mc 1, 30-31) era un verdadero "milagro" para los discípulos de Jesús, aun cuando hoy algún psiquiatra pueda explicar este prodigio por las leyes de la psicología.

Lo mismo ocurre con el prodigio obrado en favor del centurión romano. Éste va a buscar a Jesús para que cure a un servidor suyo paralítico. Jesús le dice que vuelva tranquilo, porque su servidor ya está mejor. Cuando el oficial regresa a su casa, encuentra al enfermo curado (Mt 8, 5-13).

¿Acaso eso mismo no ocurre hoy todos los días? Un creyente va a pedirle a Jesús por una persona enferma. Quizá va a la Iglesia, o a un templo, o a una capilla. Luego regresa a su casa y descubre que esa persona está mejor.

El problema es que casi nadie ve en estos casos un milagro, porque la curación generalmente tiene alguna explicación natural (la persona fue atendida por los médicos, le dieron remedios adecuados). En cambio, el que tiene fe, descubre allí el mismo tipo de milagro relatado por los evangelios.

El pan en los bolsillos

Pongamos otro ejemplo. Jesús un día tomó cinco panes, los multiplicó y con ellos dio de comer a *cinco mil hombres, sin*

contar a las mujeres y a los niños (Mt 14, 13-21). ¿Cómo aparecieron los panes? Los evangelios no especifican si "salían de las mangas de Jesús", si "caían del cielo", o si "brotaban de las manos de la gente". Sólo dice que *Jesús tomó los cinco panes... los partió, se los dio a los discípulos y éstos se los dieron a la multitud, y comieron todos hasta saciarse*.

Ahora bien, supongamos por un momento que muchas de aquellas personas hayan tenido cada una sus provisiones (no es improbable que la gente, al emprender un viaje tan largo siguiendo a Jesús a un lugar desértico, haya llevado algo para comer). Y que al llegar la tarde sintieron hambre, pero el egoísmo les impedía mostrar lo que tenían para no tener que convidar a los demás. Entonces, ante la prédica de Jesús sobre el amor y el desprendimiento, alguien tomó sus panes y sus peces y ofreció compartirlos. Y al instante, siguiendo su ejemplo, los demás sacaron también lo que habían llevado, de manera tal, que todos pudieron comer, saciarse, y hasta sobró comida.

Esto no es más que una hipótesis (sostenida por algunos biblistas). Pero si así hubiera sucedido, igualmente habría habido un milagro. Porque hacer aparecer pan de la nada, o convertir a cinco mil personas egoístas y mezquinas en gente generosa y capaz de compartir lo suyo, es un hecho inusual, y los que tenían fe pudieron descubrir allí la mano de Dios actuando. Por lo tanto, se daban las dos características de todo milagro.

Ni volviendo del infierno

Podemos, pues, concluir en que los milagros que Jesús realizaba no debieron de ser tan espectaculares e impactantes,

porque si no todo el mundo habría estado obligado a creer en él y a aceptarlo.

Así, cuando Jesús curó a una mujer encorvada, el jefe de la sinagoga, en vez de quedar estupefacto por semejante prodigio, se molestó porque Jesús la había curado en sábado (Lc 13, 14); quiere decir que no le impresionó tanto aquel hecho y que le pareció natural; sólo le reclamó que debería haberlo realizado otro día de la semana.

Lo mismo ocurrió cuando sanó a un ciego de nacimiento: los fariseos, en lugar de maravillarse por algo nunca visto, se enojaron por haberlo hecho en sábado (Jn 9, 16). Y cuando Jesús exorcizó a un endemoniado sordo y mudo, dice el Evangelio que los fariseos no creyeron en él, porque ellos también podían hacer lo mismo (Mt 12, 27).

Por lo tanto, los milagros que Jesús hacía no conmovieron a todos de la misma manera, sino sólo a los que tenían fe en él. Los otros no los veían.

Incluso en la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro, dice Jesús que cuando aquel le pide a Abraham que permita regresar a Lázaro a la Tierra para que predicara sobre el infierno, Abraham le contesta: "Si no oyen a Moisés y a los profetas, ni aunque un muerto resucite se convencerán" (Lc 16.31). Con lo cual Jesús restó espectacularidad a los mismos milagros de resurrección que él hacía, y puso por encima de ellos al poder de la predicación.

Podríamos imaginar que los signos y prodigios que Jesús realizaba no debieron de ser muy diferentes de los que suceden hoy en algunas de nuestras comunidades, grupos o reuniones de oración. De pronto, alguien con parálisis comienza a caminar, o a mover alguna parte de su cuerpo, o algún mudo se pone a hablar. Quienes tienen fe descubren allí un milagro. Y los que no, buscan explicarlo de otra manera.

Milagros que descubrir

Se cuenta del gran pensador y filósofo francés Blas Pascal que, cierto día, se dio cita con un amigo en una castillo sobre la cima de una colina. A poco de estar aguardándolo, llegó éste con el rostro desencajado, la ropa rota, y el cuerpo lleno de magullones y heridas.

—¿Qué te sucedió? —preguntó Pascal.

—¡No te imaginas el milagro que Dios acaba de hacerme! —replicó su amigo—. Cuando venía hacia acá, mi caballo resbaló cerca de una pendiente. Yo me caí, y fui rodando y resbalando, pero me detuve precisamente al borde del precipicio. ¿Te imaginas? ¡Qué milagro acaba de hacerme Dios!

A lo cual Pascal respondió: —¡Y qué milagro acaba de hacerme Dios a mí, que cuando venía ni siquiera me caí del caballo!

Cuántos milagros hace Dios cada día para nosotros. Milagros que nunca vemos, y en los que ni caemos en cuenta. Cuántas veces en nuestra vida nos ha sacado asombrosamente de dificultades, nos ha sanado de miedos y angustias, nos ha socorrido en los malos momentos, nos hizo traspasar ilesos tantos peligros, nos asistió en las desgracias diarias, nos proporcionó lo necesario en el momento justo, nos regaló la compañía de ciertas personas.

Pero no los advertimos. Porque nos resultan demasiado "naturales". Esperamos siempre los otros milagros. Los inexplicables, los antinaturales, los incomprensibles. Y por no saber mirar con fe, y descubrir cuántas cosas insólitamente buenas nos pasan durante el día gracias a que Dios está a nuestro lado, muchas veces llega la noche y pensamos que hemos vivido sólo un día anodino, ordinario, intranscendente, casi sin Dios, y por eso sin entusiasmo.

Pero Dios sigue haciendo milagros. Los mismos que hacía en la época de Jesús. Y tenemos que acostumbrarnos a descubrirlos. Habituar nuestros ojos a ellos. Entonces sí aparecerán deslumbrantes, majestuosos, impactantes, y nos cambiarán la vida. Como cambiaron la vida de los apóstoles, que en el fondo veían lo mismo que nosotros.

Para reflexionar

1) ¿Cómo podemos clasificar los milagros de Jesús en el Evangelio?
2) ¿Cuál es la idea corriente que tenemos sobre los milagros? ¿Por qué no son aceptables?
3) ¿Qué se entiende en los evangelios por milagros?
4) ¿Cuáles son los milagros que, según los evangelios, pueden darse diariamente entre nosotros?

Para continuar la lectura

WEISER, A., *¿A qué llama milagro la Biblia?*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1979.

LEÓN DUFOUR, X., *Los milagros de Jesús*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1979.

VIII ¿A QUÉ EDAD MURIÓ JESÚS

Lo dice el Martín Fierro

Conocemos la fecha de la muerte de muchos personajes famosos. Cervantes, por ejemplo, murió el 23 de abril de 1616. San Francisco de Asís, el 4 de octubre de 1226. Mahoma, el 6 de junio del 632. Nerón, el 8 de junio del 68. Pero no conocemos la fecha de la muerte de Jesús.

Siempre se ha dicho que murió a los 33 años, y esto por la deducción de dos datos evangélicos. El primero, la frase de san Lucas según la cual *al comenzar Jesús a predicar, tenía unos 30 años* (3, 23). Y el segundo, tomado del evangelio de san Juan, del que se desprende que el Señor alcanzó a predicar 3 años. Sumando ambas informaciones concluimos que Jesús debió de vivir 33 años.

Martín Fierro ayudó a popularizar esta creencia. Al final de su segunda parte, que tiene precisamente 33 capítulos, dice:

En este punto me planto
y a continuar me resisto.
Estos son treinta y tres cantos
que es la misma edad de Cristo.

Tal opinión generalizada llevó al papa Pío XI, mediante la encíclica *Quod Nuper*, a declarar Año Santo el de 1933 para conmemorar los 1900 años de la muerte de Cristo (como si hubiera muerto en el año 33). Aunque, en la misma encíclica, el Papa reconoce que la historia no ha podido aún averiguar el año exacto del fallecimiento del Salvador.

Algunos datos que ayudan

Esta incertidumbre en la cronología de la vida de Jesús se debe a que los evangelistas, cuando escribieron sus obras, se interesaron más por la formación espiritual de sus lectores que por la precisión histórica. Por eso se ocuparon sólo de describir la doctrina y las obras de Jesús, sin atender demasiado al día exacto en que sucedieron los hechos.

Pero aun así, existen en los evangelios algunos datos muy precisos sobre la vida de Jesús, gracias a los cuales podemos llegar a una reconstrucción bastante probable de su cronología.

Lo primero que podemos averiguar es cuándo empezó Jesús a predicar. Por los Hechos de los Apóstoles (1, 22; 10, 37-38), se deduce que fue poco después de que surgiera Juan el Bautista. Al enterarse Jesús de su aparición, se presentó ante él, se hizo bautizar, y a partir de allí se hizo predicador.

El día que salió a la calle

¿Y cuándo empezó Juan Bautista a predicar? San Lucas nos da la respuesta: *En el año 15 del gobierno del emperador Tiberio* (3, 1).

Ahora bien, como Tiberio había comenzado a gobernar en el año 14 de la era cristiana, el 15º año de su gobierno sería el año 28 d.C. Sin embargo, sabemos que, dos años antes, Tiberio ya había asumido el gobierno de todas las provincias del Imperio. Es posible que Lucas, que era un provinciano, haya tenido en cuenta este dato al dar su información, y, por lo tanto, el año 15 del gobierno de Tiberio, en que Juan el Bautista empezó su ministerio, sería el año 26 de la era cristiana.

De ser así, tendríamos que, pocos meses más tarde, a comienzos del 27, habría iniciado Jesús también su vida pública.

La fecha de una discusión

Esto quedaría corroborado por un episodio del evangelio de Juan. En la primera Pascua que Jesús estuvo en Jerusalén, luego de expulsar a los vendedores que hacían sus negocios en el Templo, los judíos le preguntaron por qué hacía semejante cosa, y Jesús les respondió: *Destruyan este templo, y yo en tres días lo reconstruiré*. Los judíos, creyendo que Jesús hablaba del Templo de Jerusalén, cuando en realidad se refería al templo de su cuerpo, le replicaron: *Cuarenta y seis años hace que se construye este templo, ¿y tú en tres días lo vas a levantar?* (2, 19-20).

Sabemos que el rey Herodes emprendió la reconstrucción total del Templo en el año 19 antes de Cristo, y que en la

época de Jesús aún no se había terminado. Por lo tanto, si a la fecha de iniciación de los trabajos (año 19 a.C.) le sumamos los 46 años que los judíos decían que llevaba la obra, se confirma que este episodio de la primera Pascua de Jesús, al empezar su misión itinerante, sucedió en el año 27 de la era cristiana.

Las cuatro Pascuas

Si Jesús empezó a predicar en el año 27, ¿podemos saber cuánto tiempo duró su vida pública?

Según los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) Jesús sólo predicó unos pocos meses, puesto que mencionan una sola entrada en la ciudad de Jerusalén durante su vida pública, precisamente en vísperas de la fiesta de Pascua en la que fue muerto. Ello se debe a que en estos evangelios los relatos están muy simplificados.

En cambio, por san Juan sabemos que durante la vida pública de Jesús transcurrieron varias fiestas de Pascua:

a) La primera, a los pocos meses de haberse iniciado como predicador, cuando expulsó a los vendedores del Templo (Jn 2, 13).

b) La segunda, cuando curó a un enfermo junto a la piscina de Bezatá (Jn 5, 1). Aquí en realidad sólo se habla de "una fiesta de los judíos", aunque es posible que se trate de la fiesta de Pascua.

c) La tercera, cuando multiplicó los panes para cinco mil personas que lo venían siguiendo (Jn 6, 4).

d) Y la cuarta, la de su muerte en Jerusalén (11, 55).

"Bajo el poder de Poncio Pilato"

Si, pues, en la vida pública de Jesús hubo sólo tres Pascuas, predicó al menos dos años. Y si hubo cuatro Pascuas, predicó tres años. ¿Cuántos años duró su predicación?

Para deducirlo, no tenemos más remedio que tratar de averiguar la fecha de su muerte. Y para ello tenemos un dato importante: Jesús murió en tiempos de Poncio Pilato. Ahora bien, sabemos que Pilato gobernó la provincia de Judea entre los años 26 y 36 de la era cristiana. Por lo tanto, se confirma que entre esos años ocurrió la crucifixión.

Otro dato que tenemos, y en esto coinciden los cuatro evangelios, es que la muerte de Jesús cayó en viernes, día que los judíos llaman "de la Preparación" (Mt 27, 62; Mc 15, 42; Lc 23, 54; Jn 19, 31), y que al día siguiente, sábado, era la fiesta de Pascua.

Como la Pascua judía (a diferencia de la cristiana, que siempre se celebra en domingo) puede caer en cualquier día de la semana, basta averiguar en cuál de todos los años que van del 26 al 36 (en que gobernó Poncio Pilato) la Pascua cayó en sábado, y así tendremos el año de la muerte de Jesús.

La higuera estéril

Gracias a los cálculos astronómicos sabemos que, durante el gobierno de Poncio Pilato, esta fiesta judía cayó en sábado únicamente en los años 27, 30 y 33. Por lo tanto, en cualquiera de estos tres años pudo haber muerto Jesús. ¿Podemos deducir cuál es el más probable?

El año 27 debemos descartarlo, pues como ya vimos, recién en ese año Jesús comenzaba su tarea de predicador.

El año 33 también hay que eliminarlo, porque si Jesús comenzó a predicar en el año 27, su vida pública habría durado unos seis años, demasiado tiempo para los datos que tenemos en los evangelios.

Nos queda, pues, como único año posible el 30 d.C. De esta manera, se confirmaría que su vida pública duró tres años, entre el 27 y el 30.

La parábola de la higuera estéril quizás refleje este dato (Lc 13, 6-9). En ella Jesús relata la historia de un hombre que en una viña tenía plantada una higuera, la cual no le daba frutos. Entonces le dijo al viñador: *Ya hace tres años que vengo a buscar frutos en esta higuera y no encuentro. Córtala. ¿Para qué va a ocupar terreno inútilmente?*.

Para muchos autores la parábola hace referencia a la vida de Jesús. La viña sería el pueblo de Israel; la higuera sería Jerusalén; y Jesús sería el que durante tres años, los de su vida pública, intentó hallar frutos en ella y no los encontró.

Los comienzos

De esta manera, es posible reconstruir con bastante exactitud la cronología de la vida de Jesús.

Vino al mundo hacia el año 7 a.C., sin que podamos precisar ni el día ni el mes de su nacimiento.

En el año 26 (después de los grandes calores del verano, en torno tal vez a la fiesta de las Tiendas, por la que tanta gente acudía a Judea, es decir, a fines de septiembre o principios de octubre), empezó a predicar Juan el Bautista. A fines de ese mismo año 26 Jesús había abandonado Nazaret, y a

principios del 27 se presentó entre la masa de pecadores y publicanos, en el río Jordán, para hacerse bautizar por Juan.

A partir de ese día, su vida dio un vuelco. Se retiró al desierto, en donde permaneció en oración y ayuno durante varios días, y poco después se lanzó a predicar. Acababa de cumplir los 34 años.

En la Pascua del año 27, lo encontramos en Jerusalén, donde lo vemos expulsar a los vendedores y cambistas de monedas del Templo (Jn 2, 13-22). La Pascua de aquel año cayó el sábado 10 de abril.

Al año siguiente, en la Pascua del año 28, al llegar a Jerusalén cura a un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo, junto a una piscina que servía de hospital (Jn 5, 1-18). Ese año la Pascua cayó el miércoles 28 de abril.

Los dos últimos años

En abril del 29, la tercera Pascua de su vida pública, Jesús ya no bajó a Jerusalén, pues su vida corría peligro. La celebró en el norte, en Galilea, donde multiplicó los panes frente a la multitud que lo seguía (Jn 6, 1-4). La fiesta se celebró ese año el lunes 18 de abril.

La última Pascua que vivió Jesús (Jn 12, 1) fue la de su pasión y muerte. Es la única mencionada por los tres evangelios sinópticos.

Unos días antes, pasó por el pueblito de Betania, cerca de Jerusalén, donde se alojó en la casa de las hermanas Marta y María. Al día siguiente, realizó su entrada triunfal en la capital, aclamado por las multitudes. Luego se desencadenaría la tragedia. La marea de la opinión publica se volcará en su

contra, lo apresarán, le harán sufrir una vergonzosa pasión, y morirá crucificado el día antes de Pascua, es decir, el viernes 7 de abril del año 30, a las 3 de la tarde.

Y como muy probablemente había nacido en el año 7 antes de la era cristiana, al morir Jesús tenía alrededor de 37 años de edad.

¿Quién es?

A comienzos de nuestra era, un simple carpintero se rodeó de un grupo de pescadores, en una pobre aldea. Nada hacía sospechar que se tratara de alguien importante. Vestía modestamente. No parecía tener gran cultura. No poseía títulos ni recomendaciones. Jamás había salido de su pequeño y olvidado país. No tenía armas ni poder alguno.

Cuando empezó a predicar, fue despreciado por los poderosos, y los humildes no terminaron de entenderlo. Los violentos lo encontraron débil. Los acomodados lo encontraron violento. Había dedicado su vida entera a Dios, pero los sacerdotes oficiales lo acusaron de blasfemo.

Todos lo abandonaron cuando sobre su cabeza rugió la tormenta de la persecución de los fuertes, y sólo su madre y unas cuantas mujeres lo acompañaron en su agonía. Cuando la losa de un sepulcro prestado se cerró sobre su cuerpo, nadie hubiera dado un centavo por su memoria.

Y, sin embargo, veinte siglos más tarde, la historia sigue girando en torno a él. Media humanidad usa su nombre para identificarse a sí misma. Cada año se publican miles de libros sobre su vida y su doctrina. Millones de seres humanos han sido encarcelados, torturados, despreciados, muertos, sólo por proclamarse seguidores de él.

¿Quién es este hombre que divide la historia por la mitad? ¿El Hijo de Dios? ¿Un loco? ¿Un embustero? ¿Es fuego o es opio? ¿Es bálsamo que cura, espada que hiere, o morfina que amodorra? ¿Quién es en verdad?

La persona que todavía no se ha respondido esta pregunta, puede estar segura de que aún no ha comenzado a vivir.

Para reflexionar

1) ¿Qué edad se dice normalmente que tenía Jesús al morir?
2) ¿En qué año salió a predicar Jesús, y cuántos años tenía?
3) ¿Cuántos años duró su vida pública? ¿Por qué datos podemos deducirlo?
4) ¿En qué día, mes y año murió Jesús? ¿Cuántos años tenía?
5) ¿Qué característica es la que más te impresiona de la vida de Jesús? ¿Quién es para ti Jesús?

Para continuar la lectura

LEAL, J., *Sinopsis de los cuatro Evangelios*, BAC, Madrid, 1975.

RICCIOTTI, G., *Vida de Jesucristo*, Editorial Luis Miracle, Barcelona, 1968.

IX ¿LA VIRGEN MARÍA MURIÓ O NO MURIÓ?

La muerte más dudosa de la historia

Muchos católicos han creído durante siglos que la Virgen María no murió como las demás criaturas. Que, al llegar la hora de su partida de este mundo, se quedó dormida, como en un sueño profundo, y así fue llevada en cuerpo y alma al cielo por Dios. Y que, por lo tanto, su cuerpo no había sufrido la corrupción que normalmente experimenta todo cadáver.

Esta creencia se formó a partir de tres pasajes de las Sagradas Escrituras, en los cuales expresamente se dice que la muerte entró en el mundo por culpa del pecado de Adán y Eva. Estos pasajes se encuentran en el libro del Génesis (cap. 3), en el de la Sabiduría (2, 23-24), y en algunas cartas de Pablo (Rom 5, 12; 1 Cor 15, 21).

Si esto es así, decían, entonces, antes de que se cometiera aquel pecado, los hombres eran todos inmortales, y gozaban en el Paraíso de inmunidad ante el dolor, la enfermedad y la vejez. Ahora bien, los hombres perdieron la inmortalidad con el pecado. Pero la Virgen María, al ser la única criatura en el mundo que nunca cometió pecado, no debía morir. Y por eso, concluían, debió pasar directamente de la vida terrena a la vida eterna.

El silencio del Papa

Esta opinión dividió a los estudiosos católicos durante mucho tiempo, ya que otros creían expresamente que la Madre de Dios sí había muerto, pues esa es la condición normal de todo ser humano.

Cuando en 1950 el papa Pío XII declaró el dogma de la "Asunción de María", es decir, que María fue llevada por Dios en cuerpo y alma a los cielos, hubo gran expectativa entre los teólogos pues pensaron que aclararía también la cuestión de su muerte. Sin embargo, en esa oportunidad, el Pontífice dijo: "Declaramos ser dogma divinamente revelado que la Inmaculada Madre de Dios, terminado el curso de su vida en la Tierra, fue llevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo". Con lo cual dejó el problema sin resolver, pues no explicó si fue llevada después de morir, o sin que hubiera muerto.

Fue finalmente Juan Pablo II quien, en 1997, en una de sus acostumbradas catequesis semanales, se pronunció sobre esta controversia teológica manifestando que la Madre de Jesús sí murió, y que, por lo tanto, debió experimentar en su propia carne el drama de la muerte, como toda criatura humana.

En contra de la tradición

El Papa justificó su afirmación por tres motivos.

El primero, porque toda la tradición de la Iglesia ha sostenido siempre que María fue llevada al cielo después de morir.

En efecto, desde los primeros siglos cristianos, encontramos a figuras de renombre como san Epifanio (= 403), san Ambrosio (= 397), san Jerónimo (= 420), san Agustín (= 430), san Juan Damasceno (= 749), san Anselmo (= 1109), santo Tomás de Aquino (= 1274), san Alberto Magno (= 1280), san Bernardino de Sena (= 1444), y una larguísima lista de escritores eclesiásticos, que sostienen, de una manera clara y terminante, la muerte de la Virgen. Sólo a partir del siglo XVII, comienza a aparecer la opinión de la inmortalidad corporal de María. Por eso, quienes sostienen que la Virgen no habría muerto se oponen a la tradición de la Iglesia.

En segundo lugar, porque pensar que la Virgen no murió es otorgarle un privilegio que la colocaría por encima de su propio Hijo, ya que Jesucristo tampoco tuvo pecado y, sin embargo, murió. ¿Cómo, pues, no va a morir María?

En tercer lugar, porque para resucitar es necesario antes morir. Sin la muerte previa es imposible la resurrección. Ahora bien, si María no hubiera muerto ¿cómo habría podido resucitar? ¿Cómo habría podido ir al encuentro de su Hijo y de todos los santos que primero murieron y luego resucitaron?

Una biología inalterable

Por todo ello, María de Nazaret, concluye el Papa, sí murió a pesar de no haber tenido pecado.

Pero aclarado esto, debemos ahora replantearnos la cuestión de la cual derivó toda esta contienda. Si Adán y Eva tampoco hubieran pecado, al igual que María, ¿habrían sido en verdad inmortales? ¿En el Paraíso, la humanidad vivía libre del drama de la muerte, antes del pecado original?

Hoy los exégetas sostienen que no. Que la muerte hubiera existido de todos modos, con pecado o sin él. Que aquella primera falta cometida por Adán y Eva no alteró para nada la biología del reino vegetal, animal y humano. Y que toda esta creencia en la inmortalidad humana se debió a una interpretación literalista, y por lo mismo errónea, de los textos bíblicos mencionados anteriormente.

En efecto, si ahora los analizamos con cuidado, veremos que en ningún momento afirman semejante idea.

El primero está en el capítulo 3 del Génesis. Allí se relata cómo cuando Dios creó a Adán y Eva los puso en el Paraíso Terrenal con una prohibición: no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal plantado en medio del jardín. Sin embargo ellos, tentados por la serpiente, desoyeron las órdenes de Dios y tomaron el fruto. Entonces Dios al comprobar la desobediencia les asignó una serie de castigos, empezando por la serpiente, siguiendo por la mujer y terminando con el hombre (3, 1-19).

La pena de muerte de Dios

Si analizamos los castigos impuestos por Dios veremos que todos están enunciados de la misma manera, es decir, en forma imperativa, propia de quien imparte una orden.

Así, a la serpiente le dice: a) serás maldita entre los animales; b) caminarás sobre tu vientre; c) comerás polvo; d) serás enemiga de la mujer (v.14-15).

A la mujer le dice: a) aumentaré tu sufrimiento en tus embarazos; b) con dolor parirás los hijos; c) hacia tu marido irá tu apetencia; d) él te dominará (v.16).

Y al hombre le dice: a) maldita será la tierra por tu culpa; b) sacarás de ella tu alimento con gran trabajo; c) el suelo te producirá espinas y abrojos; d) comerás la hierba del campo; e) comerás el pan con el sudor de tu frente (v.17-19).

Después de todo esto, Dios añade al final: *Hasta que vuelvas al polvo de donde fuiste sacado, pues eres polvo y en polvo te convertirás*. Como podemos ver, esta frase *hasta que vuelvas al polvo* no forma parte de los castigos impuestos por Dios. Es una simple información que él le da a Adán sobre cuánto tiempo tendrá que sufrir esos males: hasta que vuelva al polvo, es decir, hasta que le llegue la muerte, que se la da por sobreentendida. Por lo tanto, en Gn 3 la muerte no es un castigo impuesto por Dios, sino que es algo que se presupone. El autor sagrado, con esta expresión, entiende que, antes del pecado, la muerte ya era el fin del hombre, y que los nuevos castigos se deberán sufrir hasta que sobrevenga esa muerte.

El día que nunca llegó

Si la frase *hasta que vuelvas al polvo...* fuera la condena de muerte a Adán, como piensan algunos, llegaríamos a una conclusión verdaderamente absurda. Porque como, en la mentalidad del autor, la lista de males corresponde a lo que le tocará vivir a cada uno de los castigados a partir de entonces, habría que concluir que sólo Adán tendría que haber muerto, mientras Eva tendría que haber permanecido inmortal, pues a ella no se le impuso la orden de volver al polvo. Lo cual es ridículo. Por lo cual debemos deducir que, en el relato, la muerte biológica se sobreentiende para ambos.

Pero un segundo detalle nos demuestra que en el Génesis la muerte biológica no es un castigo provocado por el pecado. Cuando Dios le prohibe a Adán comer el fruto, le dice: *De cualquier árbol del jardín puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comas de él morirás sin remedio* (2, 17). Ahora bien, Dios le advierte que "el día" que coma del fruto morirá. Pero Adán comió el fruto y no murió ese día, ni el siguiente, ni el posterior, sino que siguió viviendo. ¿Qué pasó? ¿Cómo Dios pudo dejar de cumplir una promesa tan grave y seria como la que había hecho? Evidentemente para el autor del Génesis no era la muerte biológica la que debía venir "el día" que Adán pecara. ¿A cuál muerte se refería, entonces?

La envidia del Diablo

El segundo texto bíblico que menciona a la muerte como consecuencia del pecado está en el libro de la Sabiduría, y dice: *Dios creó al hombre para la inmortalidad. Lo hizo a imagen de su propia naturaleza. Pero por envidia del Diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen* (2, 23-24).

Aquí también es indudable que la "muerte" que entró en el mundo por envidia del Diablo no puede ser la muerte física. Porque aclara que *la experimentan los que le pertenecen [al Diablo]*, es decir, los pecadores. Y, en cambio, vemos que a la muerte física la experimenta todo el mundo: santos y pecadores, buenos y malos, justos e injustos. Por ello, la muerte de la que habla el libro de la Sabiduría no es la corporal. ¿Cuál es la muerte que entró en el mundo por envidia del Diablo?

Adán y Jesucristo

La tercera vez que encontramos esta idea es en las cartas de san Pablo. Escribiendo a los romanos, el Apóstol les dice:

Por un solo hombre entró el pecado en el mundo. Y por el pecado entró la muerte. Y así, la muerte alcanzó a todos los hombres, porque todos pecaron (5, 12).

Más adelante, reitera en la misma carta: *Y así como el pecado de uno solo [Adán] trajo sobre todos los hombres la condena, así también la justicia de uno solo [Jesucristo] trajo a todos los hombres la justificación que da la vida* (5, 18).

Como vemos, Pablo establece una comparación entre Adán (el primer hombre de toda la humanidad), y Cristo (el primer hombre de la nueva humanidad). Y afirma que, si bien la muerte entró en el mundo a través del pecado de Adán, Cristo vino a reparar esa tragedia trayendo el perdón y la nueva vida.

Ahora bien, ¿cuál es la nueva vida que trajo Jesucristo al mundo para reparar la perdida por Adán? No es, por supuesto, una nueva vida biológica. Los hombres no tienen un mejor funcionamiento físico gracias a la venida de Jesucristo. Entonces, tampoco fue una muerte biológica la provocada por el pecado de Adán.

Para la Biblia, lo más natural

Estas son las únicas veces en que la Biblia sostiene que la muerte entró en el mundo por el pecado. Y como vimos, en ninguna de ellas se refiere a la muerte biológica. Por eso, hoy los biblistas ya no aceptan la idea de la inmortalidad corporal antes del pecado original.

Más aún. Si analizamos las otras veces que en la Biblia se habla de la muerte, se sobreentiende que ésta existe como algo normal, que forma parte del ciclo natural del ser humano, y que tarde o temprano todo individuo la debe experi-

mentar por el simple hecho de ser hombre. Nunca vemos que nadie se rebele contra ella, ni que se lamente de que por culpa de una primera pareja haya aparecido tan horrorosa realidad.

Así, leemos que todos se irán de este mundo sin posibilidades de regresar (2 Sam 12, 23). Que estamos *formados de arcilla, y algún día regresaremos al polvo* (Job 10, 9). Que ningún hombre puede *vivir sin ver nunca la muerte* (Sal 89, 49). Que es inevitable tener que *irse por el camino de todos* (Jos 23, 14). Que *todos morimos, porque somos como agua derramada que ya no puede recogerse* (2 Sam 14, 14). Que *todos tenemos el mismo fin, tanto el sabio como el necio* (Ecl 2, 14). Que *todos los hombres vuelven al polvo, igual que los animales* (Ecl 3, 18).

Por lo tanto, en la Biblia la muerte aparece como un paso ineludible y forzoso. Vida y muerte forman parte del ciclo normal del destino humano. Por eso se la acepta siempre, sin discusión ni especulaciones posibles de lo que habría podido pasar en caso de que no hubiera existido el pecado.

Lo que sí entró

Aclaremos ahora cuál es la muerte que apareció en el mundo por culpa del pecado. Actualmente los teólogos enseñan que no se trata, como se creía antes, de la muerte "biológica", sino de la muerte "psicológica".

¿Qué es la muerte psicológica? En caso de que los hombres no hubieran pecado, la muerte física igualmente habría existido, pero no se la habría experimentado como algo terrorífico y desesperante. El hombre la habría podido afrontar con la paz y el gozo de los amigos de Dios. La muerte habría sido un simple viaje, una partida feliz y placentera, un paso gozoso hacia el encuentro con el Señor, una despedida momentánea

de parientes y conocidos, con la seguridad de que pronto volveríamos a encontrarlos de un modo más pleno y perfecto.

Pero a partir del pecado se nos nubló la vista. Dejamos de ver a la muerte como un paso dichoso hacia la vida con Dios, y empezamos a verla como verdadera "muerte", es decir, como algo pavoroso y traumático, que nos angustia y agobia, que nos acosa en cada momento de la vida, y en donde se estrellan todas las esperanzas y las ilusiones humanas, porque ya no sabemos bien qué nos espera del otro lado ni cómo será el más allá. Esa es la muerte "psicológica". Esa es la muerte que apareció con el pecado.

El poeta francés Charles Péguy lo dijo con una genial intuición: "Lo que fue la muerte a partir de ese día / antes no era más que una partida natural y tranquila".

El nuevo rostro de la muerte

Por no haber entendido esto, hemos creído que la Virgen María fue preservada de la muerte corporal. Como si ésta en sí misma fuera un castigo, o un mal de fábrica, cuando, en realidad, el mal está en cómo se la experimenta.

Con la venida de Cristo, la muerte "psicológica" fue vencida. Es decir, perdió su carácter horroroso y trágico y volvió a recuperar su rostro anterior. Con Cristo, el hombre recobró la posibilidad de verla como era en un principio: un sereno encuentro de amigos íntimos.

Por eso san Pablo habla de ella como de un *dormirse en Cristo* (1 Cor 15, 18); dice que prefiere *salir de esta vida para vivir con el Señor* (2 Cor 5, 6); y que para él *la vida es Cristo, y la muerte una ganancia* (Flp 1, 21).

Desde entonces, miles y miles de cristianos, a lo largo de la historia, han afrontado la muerte con tranquilidad y alegría. Cuanto más cerca está uno de Dios, menos temor experimenta frente a la muerte. Porque sabe que ésta ya no es más "muerte", sino una luminosa salida hacia el abrazo final y eterno con el Dios del Amor.

Jesucristo ya le ha arrancado la máscara aterradora a la "muerte". Está en nosotros el volver a concebirla como era antes. Para que la futura posibilidad de su venida, que a todos nos aguarda, no amargue, ni angustie, ni entristezca el tiempo de la espera.

Con razón dice el libro del Apocalipsis: *Dichosos los que mueren en el Señor* (14, 13).

Para reflexionar

1) ¿Por qué se pensaba que la Virgen María se fue al cielo sin morir como nosotros?
2) ¿Cuáles son los argumentos que dio Juan Pablo II para afirmar la muerte de María?
3) ¿Cómo se debe interpretar el texto de Génesis 3 sobre la muerte de los primeros hombres?
4) ¿Cómo se debe interpretar el texto de Sabiduría 2 sobre la muerte del ser humano?
5) ¿Cómo se debe interpretar el texto de Romanos 5 sobre la muerte que entró en el mundo por culpa del pecado?

Para continuar la lectura

Croatto, S., *Crear y amar en libertad, Estudio del Génesis 2, 4-3, 24,* Ediciones La Aurora, Buenos Aires,1986.

Grelot, P., *El problema del pecado original,* Herder, Barcelona, 1970.

----------*Hombre, ¿quién eres?,* Editorial Verbo Divino, Stella, 1987, Cuadernos Bíblicos Nº 5.

Marchadour, A., *Muerte y vida en la Biblia,* Editorial Verbo Divino, Stella, 1987, Cuadernos Bíblicos Nº 29.

X ¿PUEDE APARECERSE LA VIRGEN MARÍA?

Dos clases de revelaciones

De vez en cuando, los diarios y las revistas dan la noticia de que la Virgen María se apareció en alguna parte del mundo, y que reveló ciertos mensajes a la persona que tuvo la suerte de verla.

Unos reaccionan de una manera incrédula. Otros las admiten como ciertas. Y algunos les dan tal importancia a estas revelaciones, que las equiparan casi a las Sagradas Escrituras y las convierten en el centro de su espiritualidad y de su reflexión.

¿Qué enseña la Iglesia acerca de estos mensajes?

Ante todo, y para evitar confusiones, distingue dos tipos de "revelaciones": la pública y la privada.

La revelación pública es la que Dios hizo al pueblo de Israel durante su historia. Comenzó a revelarle su Palabra a Abraham (en el año 1800 a.C.) y terminó con la muerte de Jesucristo y de sus apóstoles (alrededor del año 100 d.C.). Es decir, duró 1900 años, y ya ha terminado. Actualmente está recogida en la Biblia, y se la considera obligatoria e imprescindible para la vida y la salvación de cualquier creyente. Sin conocer estos mensajes, nadie puede decir seriamente que es cristiano.

Se aprueban, pero no obligan

La revelación privada, en cambio, ocurre cuando Dios, la Virgen o algún santo se le aparece a alguien para darle a conocer un nuevo mensaje.

¿Qué valor tienen estas revelaciones privadas? La Iglesia enseña dos cosas al respecto: a) que sólo el Papa o los obispos pueden aceptar oficialmente el culto de alguna aparición de la Virgen; b) que aunque una devoción sea aprobada por la Iglesia, los mensajes que la acompañan nunca son obligatorios; uno puede rechazarlos y negarse a aceptarlos.

Aunque las apariciones de la Virgen se dieron desde los primeros siglos de la Iglesia, a partir del siglo XIX, entramos en la época de las grandes manifestaciones. En 1803 la Medalla Milagrosa, en 1846, Nuestra Señora de La Salette, en 1858 la Virgen de Lourdes, en 1917, Nuestra Señora de Fátima.

Junto con estas devociones, que se extendieron rápidamente por todas partes, se propagó también, aunque quizás de buena fe, el afán de videncia y de lo sobrenatural. Y entre 1928 y 1975, se anunciaron 255 apariciones de la Virgen en distintas partes del mundo. Italia fue el lugar más prolífico (83 apariciones). Le siguieron Francia (30 apariciones), Alemania (20 apariciones) y Bélgica (17 apariciones).

No todos vienen de arriba

Desde 1975 las apariciones de la Virgen, lejos de disminuir, aumentaron en forma considerable, así como las personas que se presentan portando mensajes y revelaciones de ella.

Ahora bien, ¿qué actitud debemos tomar nosotros frente a un mensaje supuestamente revelado por María? En los casos en que la Iglesia no se pronuncia oficialmente (es decir, el 90 % de las veces, ya que conserva una extrema prudencia), ¿podemos nosotros averiguar si una determinada visión tiene cierta seriedad, o es mera sugestión del vidente?

No solamente podemos, sino que debemos. El nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica* dice al respecto: "A lo largo de los siglos, hubo revelaciones llamadas privadas, algunas de las cuales han sido reconocidas por la autoridad de la Iglesia. Sin embargo, no pertenecen al depósito de la fe. Guiados por el Magisterio de la Iglesia, los fieles deben discernir y acoger lo que en estas revelaciones constituye una llamada auténtica de Cristo o de sus santos a la Iglesia" (Nº 67).

El Catecismo, pues, advierte aquí dos cosas: a) que no todos esos mensajes vienen necesariamente de Dios; b) que la tarea de los fieles es aprender a discernir cuáles pueden ser auténticos y cuáles no.

¿Puede aparecerse la Virgen?

Pero ¿cómo saber si una revelación es auténtica? ¿Existe alguna regla práctica que se pueda aplicar? Sí, existe. Pero antes de enunciarla, debemos hacer tres aclaraciones.

La primera, y siguiendo en esto a las Sagradas Escrituras, es que jamás la Virgen María se le apareció a nadie, ni podrá aparecérsele a ningún ser humano en este mundo.

¿Por qué no? Porque María ya ha muerto y resucitado. Y según la Biblia los muertos no se aparecen nunca a nadie. Ninguno que haya partido ya a la otra vida, al más allá, puede regresar a este mundo, ni entrar en contacto físico, ni comunicarse sensiblemente con los vivos (Salmo 39, 14; Job 10, 21-22; 2 Samuel 12, 22-23; 14,14; Daniel 12, 2; 2 Macabeos 7, 9. 36; Sabiduría 16, 14; Lucas 16, 19-31).

El mundo de los vivos y el de los muertos que resucitaron son de dos categorías distintas. Y mientras vivamos en la Tierra jamás podremos verlos, ni oírlos, ni palparlos, pues no tienen ya un cuerpo físico como el nuestro.

Por eso la Biblia condena severamente todo intento de comunicación con los muertos (Lev 19, 31; 20, 6), dice que es algo abominable para Dios (Deut 18, 11-12), y hasta decretaba la pena de muerte para quien lo hiciera (Lev 20, 27). Dios jamás quiso que existiera esta comunicación física o sensible con el más allá.

La única excepción fue la de Jesús resucitado que pudo aparecerse a sus apóstoles, porque aún no se había ido al más allá. Pero luego de cuarenta días subió a los cielos y ya no se apareció más en la Tierra. La Biblia afirma que sólo aparecerá por segunda vez al final de los tiempos (Hch 1, 11; Jn 14, 1-3; Heb 9, 28).

¿Entonces qué ocurrió con los fenómenos marianos que se dieron?

Apariciones y visiones

Para explicarlo debemos distinguir entre "aparición" y "visión". Una "aparición" es un hecho objetivo, que se produce

fuera de nosotros, que no depende de quien lo capta, sino de quien se presenta. Pongamos un ejemplo. Si se reúne un grupo de personas en una habitación, y de pronto entra alguien por la puerta, todos lo verán. Esa es una "aparición".

Si, en cambio, en ese mismo grupo de personas alguien comienza a decir: "¡Veo a la Virgen, veo a la Virgen!", y nadie más que ella la percibe, se trata de una "visión", no de una aparición. Para que sea una aparición debe producirse fuera de la persona, y ser captada por todos.

Ahora bien, todos los fenómenos marianos que se han dado en la historia han sido siempre "visiones", no "apariciones". En el de Lourdes, por ejemplo, la única en "ver" a la Virgen fue la pequeña Bernardette. En el de Fátima o de La Salette, a pesar de los muchos testigos, sólo los pastorcitos "vieron" a la Señora. No fueron, pues, apariciones.

Incluso, las miles de personas que el 13 de octubre de 1917, último día de las manifestaciones de Fátima, notaron cómo el sol giraba alocadamente en el cielo cual si fuera una bola de fuego, no contemplaron un hecho real sino una "visión", aunque de tipo colectiva. En primer lugar, porque en otros países, que en ese momento también tenían sol, no lo vieron. Y además porque, de haber girado, nuestro sistema solar se habría desencajado y habría estallado hecho trizas.

No debemos pensar que por tratarse de "visiones", sean necesariamente delirios o desvaríos. Puede suceder que, en ciertas ocasiones, Dios toque la retina, o la sugestión, o la imaginación de alguna persona y le permita tener una experiencia divina cierta. Pero no deja de ser una "visión". Ya el papa Benedicto XIV, en 1738, pedía que no se hablara más de "apariciones" de la Virgen, sino de "visiones".

Para quiénes son los mensajes

La segunda aclaración que debemos hacer es que las revelaciones marianas, cuando son auténticas, tienen como finalidad la de santificar ante todo al vidente. Los casos de Lourdes (cuyos mensajes hicieron santa a Bernardette Soubirous) y de Fátima (cuyos mensajes hicieron a Lucía abandonar el mundo e ingresar como monja de clausura) lo confirman.

El primer destinatario de los mensajes es la persona que los recibió, no los demás. Ella es quien debe meditarlos, convertirse y cambiar de vida. Sólo ella queda comprometida a vivir lo que los mensajes piden. En este sentido, la Iglesia considera, con razón, a los videntes como la mejor prueba de la autenticidad de un mensaje.

Si la Virgen quisiera hacer conocer sus mensajes a las demás personas ¿por qué no se presenta a ellas directamente? ¿Por qué emplea intermediarios, a veces dudosos, y hace más difíciles las cosas, con el riesgo de no ser creídos, si su intención es allanar los caminos hacia Dios?

Las experiencias místicas son para santificar al vidente, y a través de él a los demás. Pero no obligándolos a creer en los mensajes, que si bien le fueron útiles a él, no necesariamente se adecuan a la espiritualidad de todo el pueblo de Dios.

Cuando alguna revelación conlleva la orden de ser difundida y obedecida en todas partes, no es probable que sea auténtica.

Devoción y revelación

El tercer punto que hay que aclarar es que cuando el papa, o un obispo, aprueban una determinada manifestación

de la Virgen María, lo que aprueban es el culto, la devoción, el rezo bajo esa determinada forma. Pero no la visión ni los mensajes. La Iglesia simplemente constata que el rezarle a María en ese lugar, bajo ese nombre, y con esas características, no hace mal ni tiene desviaciones. Pero no asegura que hayan sido auténticas las experiencias subyacentes que le dieron origen.

Pongamos un ejemplo. En la ciudad de Santiago del Estero (Argentina), está muy difundida la devoción a la Virgen de Loreto. A su santuario concurre todos los años una multitud de peregrinos para darle gracias y pedirle favores. Además, por ser ella la patrona de la aviación, el día de su fiesta la visitan las más altas autoridades de la Aeronáutica para rendirle homenaje. Y esta "devoción" está oficialmente aceptada por la Iglesia.

Sin embargo, el origen de este culto es curioso. Cuando en el siglo XIII los cristianos europeos no podían ya peregrinar a Tierra Santa para visitar los santuarios, que habían caído en manos de los musulmanes, en la localidad de Loreto (Italia) comenzó a venerarse una casita que, según decían, era la de la Virgen María de Nazaret. Los ángeles la habían traído "volando" hasta Italia para que pudieran visitarla. De ahí que Nuestra Señora de Loreto sea la patrona de la aviación.

El Papa Sixto V, en el siglo XVI, aprobó la devoción de Loreto, pero no sus "revelaciones". Es decir, el viaje aéreo de la casa (la cual, según los estudios arqueológicos, ni siquiera corresponde al tipo de edificación palestina) no es objeto de fe.

La Iglesia, cuando acepta una devoción, no avala la revelación que la originó. Aceptó la devoción de La Salette pero no sus mensajes. Aceptó la devoción de Fátima pero no sus tres "secretos". Porque admite que las "devociones" nunca

hacen mal si están correctamente orientadas. Pero las "revelaciones" particulares muchas veces responden a las necesidades espirituales del que las experimentó, y no a las de los demás creyentes.

Por eso la única revelación sobre la que se asienta la fe de la Iglesia, y de la cual da totales garantías, es la Biblia.

La regla de oro

Luego de estas tres precisiones, tratemos de responder a la cuestión central: ¿cómo descubrir si una revelación tiene probabilidad de ser auténtica? ¿Qué características debe mostrar?

Existe una regla de oro para ello, y consiste en comprobar si las revelaciones concuerdan con lo que dicen las Sagradas Escrituras, es decir, con la revelación pública. Si contradicen a la Biblia no pueden venir de Dios, porque Dios no puede contradecirse.

A la luz de este principio hagamos ahora un análisis del contenido de algunos "mensajes" que conocemos, y que se hallan ampliamente difundidos entre muchos cristianos bien intencionados.

En primer lugar, María parece haber asumido el rol preponderante en la revelación. Se la ve por todas partes, varias veces al año, en las ciudades y pueblos más distantes del mundo. Ella es la figura central, y a veces hasta ha reclamado una atención exclusiva hacia su persona.

La Virgen María de los evangelios, en cambio, siempre se muestra prudente, mesurada, discreta, y en segundo plano respecto de Jesús.

En las visiones, la Virgen María habla muchísimo. Se muestra con una locuacidad y verborragia sorprendentes. Libros enteros recogen sus mensajes, y se publican gruesos volúmenes con sus profecías y vaticinios.

María de los evangelios, en cambio, casi ni habla. En todo el Nuevo Testamento, apenas la oímos expresarse en seis oportunidades. Sólo dijo seis "palabras". Una menos que las siete palabras de Jesús en la cruz.

En las visiones, la Virgen María anuncia casi siempre mensajes lúgubres, tétricos, sombríos. Sus vaticinios son de catástrofes y desgracias. Parece haberse vuelto pesimista, depresiva y amargada.

La Virgen María de los evangelios es una mujer de esperanza, de optimismo y alegría. En los peores momentos de su vida, la oímos cantar de gozo, y mirar con confianza el futuro del mundo.

Contra el Hijo

Pero lo más grave de todo es que, en muchas visiones, la Virgen María anuncia mensajes que contradicen las palabras de Jesús recogidas en la Biblia. Por ejemplo:

a) Jesús repite constantemente en su prédica: *no tengan miedo* (Lc 5, 10; 12, 7; Mt 14, 27; 17, 7; 28, 5.10; Jn 14, 27; Ap 1, 17). Mientras que María, en casi todos sus mensajes, parece que buscara aterrorizar a la gente con anuncios tremendistas de infortunios y cataclismos cósmicos.

b) Jesús no quiso dar la fecha del fin del mundo, ni siquiera de un modo aproximado. En cambio, en algunos mensajes de María se advierte que el fin del mundo está próximo, y hasta se ha llegado a fijar la fecha.

c) Jesús enseñó que Dios está al lado de todos los hombres, sean santos o pecadores. Que Dios hace salir el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos e injustos (Mt 5, 45). Por el contrario, María, en algunos de sus mensajes, promete únicamente estar al lado de los buenos, y ayudar a los que rezan el rosario y la invocan.

La salvación por los ritos

d) Jesús nunca dijo que se salvarán sólo los que amen a Dios. Al contrario, reconoció que es posible salvarse sin conocer a Dios, si uno ama y ayuda a sus semejantes; pues con esto está agradando a Dios, sin darse cuenta (Mt 25, 40). Y desde el Concilio Vaticano II, la Iglesia enseña claramente la posibilidad de salvación de los ateos. En cambio, María dice que sólo se salvarán los que tienen fe en Dios y la aman.

e) Jesús nunca aseguró que por practicar algún rito o devoción los cristianos ganarían la vida eterna. Dejó bien en claro que sólo el amor al prójimo es lo que salva (Mt, 25.31-46; Mc 10, 17-22; Jn 13, 34). María advierte en ciertos mensajes que, para poder salvarse, hay que tener agua bendita, velas para cuando venga la oscuridad final, rezar el rosario y tener una imagen de Jesús.

f) La Biblia enseña que la idea de salvar a la humanidad es de Dios. Que él es el autor del proyecto salvífico. La carta a Tito dice: *Dios, nuestro salvador* (1, 4; 2, 10), y el Apocalipsis: *La salvación viene de nuestro Dios* (7, 10; 12, 10; 19, 1). En cambio, María nos advierte que Dios quiere castigarnos, destruir al mundo, acabar con los hombres, mientras que ella quiere salvarnos. Con lo cual, quienes crean en estos mensajes, en vez de buscar la protección en Dios, ¡buscan protección contra Dios!

Salvar a la Virgen

La Virgen María no puede ser la autora de estos mensajes, ni de ningún otro semejante. Un examen sereno nos lleva a concluir que provienen más bien de los traumas, rencores, miedos y resentimientos inconscientes del supuesto vidente.

Y lo peor de todo es que al atribuírselos a María la hacen quedar muy mal. No tenemos derecho a agraviar a la Virgen de ese modo, atribuyéndole textos y mensajes que lejos de expresar su grandeza resultan más bien ofensivos para ella. La imagen que se desprende de éstos es más la de un ser vengativo y rencoroso, que la de aquella que cantaba: *La misericordia de Dios se extiende de generación en generación* (Lc 1, 50).

María fue la criatura más sublime de la historia de la salvación. La Biblia le otorga títulos que no da a ningún otro ser humano. Es la *Llena de gracia* (Lc 1, 28), la *Bendita entre las mujeres* (Lc 1, 42), la *Bienaventurada por todas las generaciones* (Lc 1, 48). Y los católicos debemos cuidar que su imagen nunca se opaque para que siga siendo el reflejo de la alegría, la esperanza y el optimismo cristianos.

Para reflexionar

1) ¿Qué se entiende por revelación pública y por revelación privada? ¿Qué diferencias hay entre ellas?
2) ¿Qué diferencia existe entre las apariciones y las visiones?
3) ¿Encuentras contradicciones entre las enseñanzas de la Biblia y algunos "mensajes" de la Virgen que conoces? ¿Cuáles?

4) ¿Qué imagen se forman los católicos con los mensajes sobre cataclismos que supuestamente anuncia la Virgen? ¿Y cuál es la imagen que tenemos de ella según los evangelios?

Para continuar la lectura

ÁLVAREZ VALDÉS, A., *¿Existen las apariciones de la Virgen?*, Lumen, Buenos Aires, 1996.

AMADO AGUIRRE, JOSÉ, *Las apariciones de la Virgen*, San Pablo, Buenos Aires, 1997.

Índice

Prólogo 3

¿QUIÉN ERA LA SERPIENTE DEL PARAÍSO? 5

Una víbora que habla 5
El disfraz del Diablo 6
¿Y todo por una manzana? 7
¿Quién era la serpiente? 7
Una religión más seductora 8
Nueva oferta religiosa 9
La habitación de los dioses 10
Había que actualizar a Dios 11
Por escuchar a la serpiente 12
La serpiente y Satanás 12
Nuestra serpiente 13

¿QUÉ DICE LA BIBLIA SOBRE LOS EXTRATERRESTRES? 17

Tres encuentros cercanos 17
El "caso" Henoc 18
Viaje especial, no espacial 19
El "caso" Elías 19
Por un final digno 20
El "caso" Ezequiel 21
Un objeto volador sí identificado 21
Cuando Dios viajó a Babilonia 22
El mundo de aquel tiempo 23
Las iglesias cósmicas 24
El único que llegó del cielo 25

¿POR QUÉ NOÉ MALDIJO A SU HIJO QUE LO VIO DESNUDO? 27

Desnudo por el alcohol 27
¿Qué pecado puede ser? 28
El diluvio sanador 29
Una maldición para el nieto 29
Prohibido entre parientes 30
El lenguaje de la Biblia 31
Nacido con vergüenza 31
¿Recuerdos de alcoba? 32
El pueblo misterioso 33
Dos hijas en malos pasos 34
Otro padre emborrachado 35
La esclavitud tan temida 35

¿POR QUÉ DIOS LE ORDENÓ A ABRAHAM SACRIFICAR A SU HIJO? 39

Una orden sangrienta 39
El Terror de Isaac 40
La tentación del vecino 41
Qué pretendía el autor 42
Un cordero por un niño 42
El Monte del Escándalo 43
Para Abraham, lo que era de todos 44
Querer mejorar la Biblia 45
Fe que hace daño 46
La palabra autorizada 46
Una idea para eliminar 47

¿POR QUÉ ALGUNOS EVANGELIOS NO CUENTAN LA INFANCIA DE JESÚS? 51

Un vacío lamentable 51
El muerto que está vivo 52
¿Hijo de Dios desde cuándo? 53
El nacimiento de la pasión 53
Saber más sobre el Maestro 54

Un Hijo en secreto 55
Descubierto en la tormenta 56
Infancia interesante 56
Allá arriba, y desde siempre 57
Un libro al revés 58
Costó trabajo, pero se aclaró 59

¿CUÁNDO CONOCIÓ PEDRO A JESÚS? 61

El hombre que se convirtió en roca 61
Un seguimiento increíble 62
Un viejo conocido 63
Hizo falta una pesca 63
Una versión corregida 64
Se lo presentó su hermano 65
Un sucesor para el ahorcado 66
De Simón a Pedro 67
Muy frágil para ser piedra 68
El jefe indiscutido 68
La muerte cabeza abajo 69
Un largo conocimiento 70

¿CÓMO HACÍA JESÚS SUS MILAGROS? 73

Un catálogo variado 73
La opinión de los científicos 74
Milagros que ya no son 75
¿Un Dios transgresor? 76
Las dos caras del milagro 76
La suegra y el centurión 78
El pan en los bolsillos 78
Ni volviendo del infierno 79
Milagros que descubrir 81

¿A QUÉ EDAD MURIÓ JESÚS? 83

Lo dice el Martín Fierro 83
Algunos datos que ayudan 84
El día que salió a la calle 85

La fecha de una discusión 85
Las cuatro Pascuas 86
"Bajo el poder de Poncio Pilato" 87
La higuera estéril 87
Los comienzos 88
Los dos últimos años 89
¿Quién es? 90

¿LA VIRGEN MARÍA MURIÓ O NO MURIÓ? 93

La muerte más dudosa de la historia 93
El silencio del Papa 94
En contra de la tradición 95
Una biología inalterable 95
La pena de muerte de Dios 96
El día que nunca llegó 97
La envidia del Diablo 98
Adán y Jesucristo 98
Para la Biblia, lo más natural 99
Lo que sí entró 100
El nuevo rostro de la muerte 101

¿PUEDE APARECERSE LA VIRGEN MARÍA? 105

Dos clases de revelaciones 105
Se aprueban, pero no obligan 106
No todos vienen de arriba 107
¿Puede aparecerse la Virgen? 107
Apariciones y visiones 108
Para quiénes son los mensajes 110
Devoción y revelación 110
La regla de oro 112
Contra el Hijo 113
La salvación por los ritos 114
Salvar a la Virgen 115